

EL COJO ILUSTRADO

Año I

1º DE NOVIEMBRE DE 1892

Nº 21

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL. B. 4
UN NUMERO SUELTO. B. 2

EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO—CARACAS—VENEZUELA
DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICIÓN BIMENSUAL

(4.000 EJEMPLARES)
DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

ORIGINALES. — NO SE DEVOLVERÁN LOS QUE SE NOS REMITAN, PUBLIQUENSE Ó NO

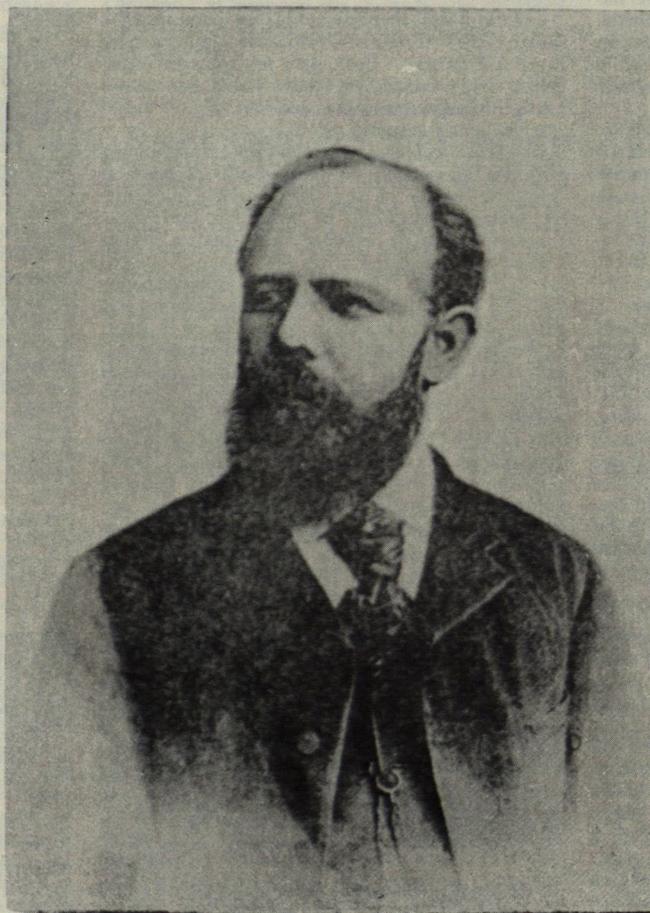
SUMARIO

TEXTO.—Carta á D. Emilio Castelar, por el Dr. Ricardo Ovidio Limardo.—¿Cuándo murió Cristóbal Colón?, por el Dr. A. Ernst.—Miranda, por el Dr. A. Rojas.—Heracio M. de la Guardia, por E. M. y M.—Dilettantismo, por el Dr. José Gil Fortoul.—Retamas, por A. Herrera Toro.—A M. Ricardo, por D. Julio Calcaño.—La Prohibidad en la infancia, por E. Logoué.—

Agustín Morasso.—El trabajo, *poesía de D. Heracio M. de la Guardia*.—El Descubrimiento de un mundo, ó una partida de ajedrez en el año 1492.—Nuestros grabados.

GRABADOS.—General Ignacio Andrade: Gobernador del Distrito Federal, *de fotografía*.—Señor Pedro Ezequiel Rojas: Ministro de Relaciones Exteriores, *de fotografía*.—Entrada á Macuto, *de foto-*

grafía.—El Palito, *estación del Ferrocarril de Puerto Cabello á Valencia*.—D. Heracio M. de la Guardia, *dibujo á la pluma de A. Herrera Toro*.—Puerto Cabello, *Plaza del Muelle, de fotografía*.—Inundación de Ciudad Bolívar, *de fotografía*.—Valle abajo: Laguna de Espino, *de fotografía*.—Santa Inés, *de fotografía*.—El peor de los peores, *cuadro de A. Fabres*.—Marcha.



GENERAL IGNACIO ANDRADE
GOBERNADOR DEL DISTRITO FEDERAL

Caracas : octubre 31 de 1892.

Señor D. Emilio Castelar.

Madrid.

Muy estimado señor mío y amigo :

Oportunamente llegó á mis manos la bondadosa carta de usted, acusándome recibo de la mía portadora de mi "Estudio Crítico Histórico" acerca del "Canto épico" del señor Félix Soublette. Mucho me honra usted dándome el parabién, y diciéndome: "Indudablemente con él ha prestado usted un servicio á las letras patrias." La aprobación de usted, señor Castelar, es gran título, y se lo agradezco infinito.

Mucho aprendo en las obras de usted, prefiriendo siempre las que miran á nuestro idioma y literatura, á la filosofía de la historia y á las instituciones de los pueblos. Tengo actualmente en mi Estudio *La Ilustración Artística* de Barcelona:—¡Cuánto he gozado leyendo en ella las "Murmuraciones europeas" de usted! ¡Cuán mercedida la tunda que usted propina al tocayo M. Emile Zola, con motivo de su novela la *Débacle* acerca de la guerra franco-prusiana! Y á te mía que no salen mejor librados los traductores españoles, sacando de cuajo el terminacho del Sena, é ingresándolo en España, á falta, según su leal saber y entender, de la equivalencia castellana. Ennoblezcan ellos, norabuena, su versión con la zolesca metáfora de la original producción del escritor francés, y hasta las del mismo Genio que inspiró la manera de escombrar los establos del rey Augias. En cuanto á mí, confieso á usted que si me hubiera caído la lotería de verterla á nuestro idioma y buscarle equivalente autóctono á su título, bien fácil me habría sido pedir á los garitos, ó á una zahurda, los trillados términos de *Desbarate*, la *Tronada*, que cualquiera de los dos habría venido tan á pelo á la *Débacle*, como anillo al dedo, ó pedrada en ojo de boticario.

Pero antes de pasar á lo principal del asunto, y ya que con tan feliz motivo sienta usted de pasada la mano á esos traductores de tres al cuarto, bien es decir á usted que por aquí no andamos mejor parados, tocante á esto, que por allá; y así, no se halla usted solo en lo del llorar los rudos golpes que diariamente, ya por ignorancia, ya por pedantería, se descargan sobre el hermoso cuanto ya asendereado idioma de Castilla.

No hallo palabras bien expresivas con qué encarecer á usted lo mucho que celebro verlo siempre confirmando, en el mundo del corazón y del pensamiento, con la autoridad de su inteligencia, de su saber y hasta de su solo nombre, los buenos principios en materias de literatura y filosofía, de moral y política. Y tanto más lo celebro, cuanto que esos principios son los mismos que yo acaricio desde joven, y en que vengo creyendo muy de veras, no tan sólo por convicción íntimamente adquirida, sino también por una especie de instintiva proclividad, acaso favorecida por tradiciones de abolengo.

Después de haber tenido que desaprender, en la escuela del mundo, no pocas de las ingeniosas y halagadoras teorías que me ví obligado á repetir en las aulas, y habituádomé á considerar los hechos constantes, á no ceder sálto á las impresiones en mí producidas por ellos, sino á meditarlos antes con calma y á discernirlos con imparcial criterio, para luego encaminar derechamente los juicios determinantes de toda acción mía, confieso á usted con ingenuidad que tengo arrimados, de gana y por juro de heredad, á Bentham y Austin con todos los demás autorizados maestros de la Escuela utilitaria, que tuve en mis manos, ó que desfilaron á mi vista, en los mejores años de mi vida escolar.

En pacífica posesión, así, de los principios fundamentales del espíritu humano, y de la ley eterna que preside á las sociedades, he venido siempre impugnando aquellas sutiles é insidiosas teorías en escritos de índole varia, y muy particularmente en mis trabajos tocantes á la ciencia que profeso. Cada vez como que me siento con más bríos para combatir á campo abierto, por lo absurdos, todos esos sistemas congéneres rebautizados con el altisonante nombre de moda el *socialismo*. Esta palabra, si bien trae perdido, desde el promedio del presente siglo, algo de su violenta y enojosa significación de otro tiempo, es hoy técnica

del lenguaje económico-político europeo; sirve de contraseña en el campo de la polémica y el combate á sectarios de diversos matices; y ofrece á la literatura *ligera* de nuestros días fecundo tema de producciones malsanas y contrarias á todo buen sentido en orden á ideas, sentimientos é intereses. Con semejante símbolo, en efecto, comienzan los propagandistas por relajar todos los vínculos de la familia; minan por su base la sociedad civil, cuyo fin desconocen y virtualmente niegan; rigen por su gusto y capricho las facultades individuales; y señalando límites en toda iniciativa y desenvolvimiento al espíritu humano, lo encadenan con tan singular especie de amortización sansimoniana, y lo llevan forzosamente, por una parte, á la más sumisa esclavitud, y, por la otra, al más absurdo y brutal despotismo.

Como lo dejo insinuado, esas Escuelas no son, para mí, crucciones flamantes del hombre, sino manifestaciones más ó menos alarmantes de aquella diátesis, de que habla Séneca, hija de nuestra naturaleza imperfecta, que ha venido transmitiéndose de generación en generación,—el *error*; y si hubiera menester alguna prueba de ello, vendrían en mi apoyo aquellos dos famosos versos de Eurípides, que tradujo al latín el Orador romano, y que por única teoría de política constitucional traía siempre en sus labios Julio César:

"*Nam si violandum est jus regnandi gratia,
Violandum est: aliis rebus, pietatem colas.*"

fórmula blasfema, que yo vierto libremente al castellano por esta otra de un literato francés contemporáneo:

"Tendrás razón si ahorcas, pero no si eres ahorcado."

¡No la había menester todo un conquistador de las Galias al pasar el Rubicón, para vencer luego á Pompeyo, Escipión y los hijos de aquel celoso rival; como tampoco la había necesitado antes Alejandro para cortar de un tajo el nudo que le diera el imperio del Asia!

No temo con esto aquilatar mis principios en materias de ciencias morales y políticas, hasta el punto de remedar á aquellos rigoristas puritanos del reinado de Jacobo I de Inglaterra, que escrupulizaban hasta en enseñar la gramática latina, por el solo temor de dar en ella con los nombres de Apolo, Marte ú otros de las divinidades paganas. No lo temo, porque estos principios no son otros que los que hombres inspirados en la fuente de la verdad eterna han venido oponiendo á tan falsas como impracticables teorías, desde el paganismo hasta la flamante Encíclica "*Rerum Novarum*," acerca del socialismo, de Su Santidad León XIII. Recordemos, si no, el genio de Aristófanes, transformando la escena en arena política, y erigiendo la musa cómica en tribunal supremo de la multitud soberana de Atenas. Lo que precisamente ha inmortalizado su pieza "*La Asamblea de las Mujeres*," representada en Atenas, por primera vez, hace unos veintidós siglos, es el haber sido escrita única y expresamente para evanescer la ilusoria idea del "comunismo," y dejar comprobado que la humanidad no ha sido hecha para realizar semejante sistema.

La misma teoría utilitaria de Bentham tiene su natural y benigna explicación en el móvil y objeto del autor, dadas las circunstancias de lugar y época en que escribió. Rebelóse el profundo pensador contra los vicios de las leyes y los abusos del foro inglés, inspirándose, así en la secta cirreñaica, basada en el deleite por única dicha, como en las doctrinas de Helvecio y otros, que pregonaban el interés personal por único móvil de las acciones. Imbuído, por otra parte, en las ideas de la Revolución francesa, é identificado con algunos de sus principales hombres, acometió la loable empresa de reformar la legislación y la política de su patria; pero levantando para ello el colosal edificio sobre la base de la *utilidad* como norma única en materias de moral,—principio egoísta de la escuela de Epicuro y de Hobbes. Escritas, pues, sus obras para remediar tamaños males, y esto apenas transformada la monarquía limitada de la edad feudal en otra de ideas más adelantadas, tenía por fuerza que campar en ellas un espíritu extremadamente reaccionario, y venir algunos de sus principios, como de índole transitoria, á pasarse con el tiempo, y otros á sufrir modificaciones esenciales con la eventuali-

dad de los sucesos y con las creces de la civilización. Pero asentada ya la sociedad moderna sobre bases más firmes y de más subidos quilates, es tan fuera de razón enseñarnos hoy la legislación universal y la ciencia de la moral por las tablas y cómputos aritméticos de bienes y males, de placeres y dolores, del eminente juriconsulto inglés, como peregrino seguir infantilmente creyendo algunos monárquicos europeos, que la descendencia femenina no tiene derecho á la corona de Francia, después de aplicada la Ley Sálica, por los Estados Generales de 1316, en favor de Felipe el Largo, con expresa exclusión de las mujeres.

A la exposición de estas ideas y principios, que constituyen mi profesión de fe en orden á los puntos arriba asomados, debo añadir algo tocante á la superficial literatura que diariamente irradian de los grandes centros europeos,—sobre todo desde París, su principal *stock*.—y que *manufacturada*, digámoslo así, en la forma de algo como productos industriales de fácil propaganda y segura salida, se despacha desde hace más de medio siglo en alas del vapor, y hoy día con la instantaneidad del fluido eléctrico, á los centros consumidores de entrambos continentes. Bien sé que materias como ésta son para tratadas en la forma magistral del libro, no en la sencillez de una carta; pero al decidirme por ésta, no pudiendo hacer otra cosa, es únicamente en prueba del entusiasmo que me inspiran los elevados escritos del sabio á quien me dirijo, y con la seguridad de que ello será parte á que disculpe cualquier error mío y mi candor en comunicarle opiniones tan exclusivamente personales, las cuales ruego á usted se sirva seguir leyendo con su habitual indulgencia.

El hombre, en cumplimiento de la ley de su naturaleza y destino, ha venido paso á paso bajando, al través de las edades, en el desenvolvimiento de la Filosofía, dispensando así grandes beneficios á las ciencias psicológicas, con principios mejor averiguados, más sublimes y de más trascendental aplicación. Impulsado en esa virtud cruzada de elaboración y refinamiento, desde Thales y Sócrates hasta Bacon y Descartes, él ha venido, al propio tiempo, rezagando á uno y otro lado en su victoriosa marcha, ya errores inherentes á la humana naturaleza, ya doctrinas sin reparo sistematizadas, ya en fin consiguientes é inevitables preocupaciones, hasta hacer alto, como para sosegar, remirarse en las conquistas de esa gran revolución intelectual, y gustar ya sus frutos en obras monumentales del día. Arquetipo de ellas son la de Monsieur Charles Périn estudiando la sociedad en sí misma y la ley que debe ponerla en sus condiciones normales de existencia, y las del Padre Luis Coloma creando la Escuela que predica, con universal aplauso, la genuina moral en la flamante y seductora forma de "la novela."

Tal es, hasta hoy, el grandioso cuadro de la historia de la Filosofía. Tal la carrera triunfal del espíritu humano, ahondando, siempre con fe y con esperanza, en el profundo seno de la ciencia, para ostentar en alto, primero la existencia de Dios y sus atributos, y luego escoger los medios más seguros de dirigir el entendimiento hacia la verdad, y de impulsar la voluntad hacia el bien.

Después de veinte y cinco siglos, por lo menos, de tanto laborar en afanosa agitación y peregrina vaivén, parece que el hombre ha llegado ya, en orden á principios y sistemas, á la anhelada meta de su destino; y la solución que busca á los grandes problemas planteados en los pueblos y Estados de la Europa moderna, á fe que lo comprueba. En efecto, la *organización del trabajo* y el *sufragio universal*.—ya casi descreídos, y entrambos reclamando el cumplimiento de eternas promesas desde 1789,—son hoy el objeto de aplicación ó ensayo de sistemas conocidos que, sin el *incroyable* de antaño, figuran ya en la escena con los trajes de moda, tanto de la *filosofía socialista* y *humanitaria*.—hostil á la influencia del cristianismo, y la *filosofía tradicionalista*.—guardadora de los antecedentes cristianos, como del *socialismo de Estado* y el *socialismo cristiano*.—dos programas estos difiriendo en ciertos pormenores, pero tendiendo á refundirse en lo esencial en uno solo (M. de Haussonville). Esta evidente metamorfosis confirma aquel concepto de M.

Paul Janet, del Instituto de Francia: "Las ideas tienen caminos subterráneos que nadie puede prever, infiltraciones inesperadas que las hacen reaparecer enteramente transformadas á distancia de su origen"; y se aviene también con la opinión de Vico haciendo mover al espíritu humano en el eterno círculo de la ley de su *corso* y *ricorso*.

Sería de averiguar ahora si, á una con este movimiento científico, y á imitación de la literatura de la Grecia antigua, cuyo dominio para dirigir bien al hombre fué ilimitado y universal, así en la escena como en la tribuna y en sus demás formas ó manifestaciones, la literatura contemporánea acude á libertar nuestras clases obreras de la miseria en que yacen, y á fijar las condiciones con que el sufragio universal seguirá á servicio, así de los países de tradición hereditaria, como de los países de constitución democrática. Pero tal investigación, sobre exigir de mí mayor esfuerzo, no cuadra al asunto de este escrito. Así, debo limitarme á las flamantes producciones de algunos escritores que, desertando de la cohorte de los buenos novelistas franceses de nuestra época, recorre de tropel el *boulevard* exterior de París, agitando una bandera tiznada con esta divisa:—*make money by all means*. Son ellos de quienes dicen M. Drioux y M. Jousset en obra magistral de historia contemporánea: "Esta es una Escuela malsana donde todo inspira el más profundo desprecio de la humanidad."

Pero obtenida la venia de tan ilustres historiadores y filósofos, aquí me alzo yo á mayores, y, con seguridad tanto más grande, cuanto que mi humilde opinión se apoya en la autoridad del señor Castelar, siempre de malas con el "realismo" en achaques de literatura y de ciencias morales y políticas. Producciones, pues, de escritores que beben en los raudales del realismo, serán todo lo que se quiera, menos novela. El realismo y la novela braman de verse juntos: son tan enemigos, como las llamas que consumieron los inanimados cuerpos de Eteocles y Polinice. En efecto, las cosas y objetos del mundo visible, con su variedad infinita, no bastaron al hombre, desde la más remota antigüedad, para satisfacer sus inagotables deseos y aspiraciones: la historia verdadera le cansó; y entonces, remontándose él en alas de la fantasía á las regiones suprasensibles, acomodó en ellas,—como dice Bacón,—"las apariencias de las cosas á los deseos del corazón, sin someter el ánimo á las cosas, como lo hacen la historia y la filosofía." Indios, persas, árabes, por ley psíquica, dieron así suelta á su ingenio. El espíritu humano comenzó desde entonces su ingente trabajo de elaboración, por la leyenda mítica; siguió con ahinco, cincel en mano, por el romance heroico; y su afán no paró sino cuando burilada su obra en la forma del cuento, pudo mostrarla ya, con ufanía y con gloria, á las generaciones venideras, señalándoles en ella riquísimo veneno que explotar: la *historia ficticia*. La historia literaria nos viene enseñando también, que este género de composición ha tenido siempre un fin instructivo á la par que moral; y por eso, cualquiera contravención á ley tan severa de su carácter peculiar, ya se funde en el solo placer de la curiosidad, ya sea sugerida por el interés personal ú otro incentivo de mala ley, vicia en su origen la "novela," y de consiguiente la bastardea y la sesga. La "novela" inspirada en el realismo no es la *historia ficticia*, sino una *historia ficticia*.

Los asuntos ó primeras materias de esos escritos, son, por su mayor parte, comunes ó extravagantes:—El Vientre de París,—Una página de amor,—Nana,—La bestia humana,—El hombre de la Bolsa,—El minero,—El Paraíso de los gatos,—y otros títulos, no menos curiosos, que me hacen recordar involuntariamente opúsculos congéneres:—*Les Cythères Parisiennes*,—*Les mémoires du bal Mabille*,—y otros que cuadrarían á maravilla con los frescos y demás objetos de las ruinas de Pompeya, exhumados para mayor ornato del Museo obscuro de Nápoles.

Sobre tal género de escritos ó literatura pesa la justa y autorizada censura, formulada en las *Murmuraciones europeas*, del señor Castelar, con estas palabras: "Yo no rechazo el realismo por sus pecados eróticos: los cometen las letras clásicas, y se leen en ellas con placer espiritual y

psíquico; los comete Tirso y no chocan; y rechazo el realismo por sucio." «Pero me disgusta la carencia de ideal en la Escuela realista, semejante á perdurable noche sin estrellas.»

Con primeras materias tan insulsas y pobres, ya no hay para qué hablar de plan ni trama. En esos escritos domina el tono bajo; el lenguaje es descomedido y obscuro, si bien atenuado con lo elegante del estilo. La forma de los pensamientos es la descriptiva, siempre avivada con la nativa gracia del legendario *esprit gaulois*. Con tales premisas, esa parcialidad reclama, por derecho propio, su verdadero nombre y apellido: "*Escuela pornográfica*."

Debo confesar, también yo, como lo hace hoy y lo demuestra siempre el señor Castelar, mi insaciable pasión por la antigüedad clásica. Penetro en su santuario con aquella especie de veneración con que recuerdo haber visitado el palacio de los Césares: entrando en éste, como para estudiar, digámoslo así, en páginas geognósticas, las instituciones de Roma, cristalizadas á impulsos del Pueblo-Rey en más de mil años; y, abriendo los libros de las letras antiguas, atraído por las obras de la inteligencia y del alma, que, al través de las tinieblas del paganismo, trasmirieron con su mágico brillo, cual precioso metal al través de las percederas escorias, y vienen dando así testimonio de lo elevado de su origen.

Bendigo el patriotismo,—*rara avis in terra*,—en la musa cómica de Aristófanes; y confunde á todos la santa resignación de Sócrates,—especie de anuncio de la ley de Gracia,—sufriendo el martirio por amor á la ley natural y por respeto á la ley de los hombres. El lenguaje de Aristófanes, juzgado por el criterio de su tiempo, no le condono; ni tampoco me choca la oda de Horacio acerca de Lálage, de la cual tomo esta expresión figurada:

... "*nec (valet) tauri ruentis
In Venerem tolerare pondus.*"

Juzgar lo antiguo por el criterio de hoy, es error de gana. ¡Cuán cierto es lo que dice M. A. Thierry!: "No es de extrañar que nuestras ideas en política estén todavía tan mal fijadas, cuando no encontramos, para darles una forma, sino expresiones de edad de veinte siglos:—*sobreranía, sumisión, gobierno, pueblo, príncipe*." En efecto, estas palabras, con una que otra más de invención ó de moda, vienen desde antaño haciendo,—*mutatis mutandis*,—en el territorio y aguas jurisdiccionales de todas las naciones, casi con idénticos nombres, el mismo oficio que el rey, la reina, los obispos, los caballeros, las fortalezas y los peones, en las sesenta y cuatro casillas de un tablero de ajedrez. *Risum teneatis?*

Pero volviendo al asunto de esta carta, y para ponerle punto, debo decir que, todo bien considerado, el móvil de esa parcialidad literaria no es otro que el incentivo del lucro, que mueve la péñola sin reparar en pelillos, siquiera su gloria se limite á emular las incongruentes lindezas de las "*Drôleries dramatiques*," de "*Las Mil y una barbaridades*," y de otras publicaciones de análogo jaez,—todas sistemáticamente calculadas, ya para mitigar el cansancio del hombre que trabaja, ya para matar el tiempo los comerciantes y viajeros que pueblan los mares é hinchen los caminos de hierro, ora para adestrarse más, si cabe, los patrocinantes ó agentes pornocráticos, ora en fin para dar pábulo á las gentes de la vida fácil,—consortes suyos, jurídicamente hablando, en los misteriosos y alevos manejos marcados en Francia con el degradante nombre de *procès de chantage*.

Ya se explica, por tal clave, el sorprendente fenómeno de que cada uno de esos escritores de entremés pueda producir anualmente al pie de doce volúmenes, y alcance una profusa circulación, parodia del mérito ó de la estimación general. Pero á todos esos escritores tenemos que hacerles justicia seca,—la misma que Boileau hizo al desgraciado novelista Scudéri en estos satíricos versos:

*Bienheureux Scudéri, dont la fertile plume
Peut tous les mois sans peine enfanter un volume.*

Libros son esos que, en vez de guardarse empastados como las obras de mérito, entre los labrados anaques de una hermosa biblioteca, se

llevan siempre en rústica, como objeto de mero divertimento, en el revuelto fondo de las maletas de viaje.

Juzgado ya por usted, señor Castelar, aunque á grandes rasgos, el pensamiento de la *De-bácle*, yo me considero excusado de hacerlo. En cuanto á lo moral y literario, me he adherido por completo, y para honra mía, á su franco y autorizado juicio. Por lo demás, he procurado tan sólo estudiar, á la luz de los buenos principios, el género literario á que pertenecen, ó en que deben ser clasificados esos novelistas de la sedicente secta realista.

El diálogo de usted, en 1868, con una familia imperialista, prueba más y más la gran perspicacia de usted y sus acertados presentimientos acerca de la política particular de Francia y la general de la Europa "armada hasta los dientes," según la expresión del ilustre Núñez de Arce, "á modo de un guerrero de la Edad Media."—Le acompaño de corazón en sus nobles sentimientos hacia esa gran nación, que me dió hospitalidad durante largos años, y también en su grito intensísimo de "paz, paz, siempre paz!"

Con sentimientos de elevada consideración, y suplicando á usted dispense la extensión de esta carta, tengo la honra de suscribirme, como siempre,

Su afmo. amigo y s. s.

Q. B. S. M.

RICARDO OVIDIO LIMARDO.

¿CUANDO MURIO CRISTOBAL COLON?

Existe alguna incertidumbre acerca de la fecha en la que falleció Cristóbal Colón: algunos historiadores dan el 20, otros el 21 de mayo de 1506. Es sin embargo fácil aclarar este punto de una manera satisfactoria. Conviene todos los autores que fué el día de la Ascensión. Basta por consiguiente calcular la fecha de la Pascua en el año mencionado. El célebre matemático Gauss ha establecido unas fórmulas muy sencillas para resolver este problema, en el caso de tratarse de un año del calendario juliano, como lo fué el de 1506.

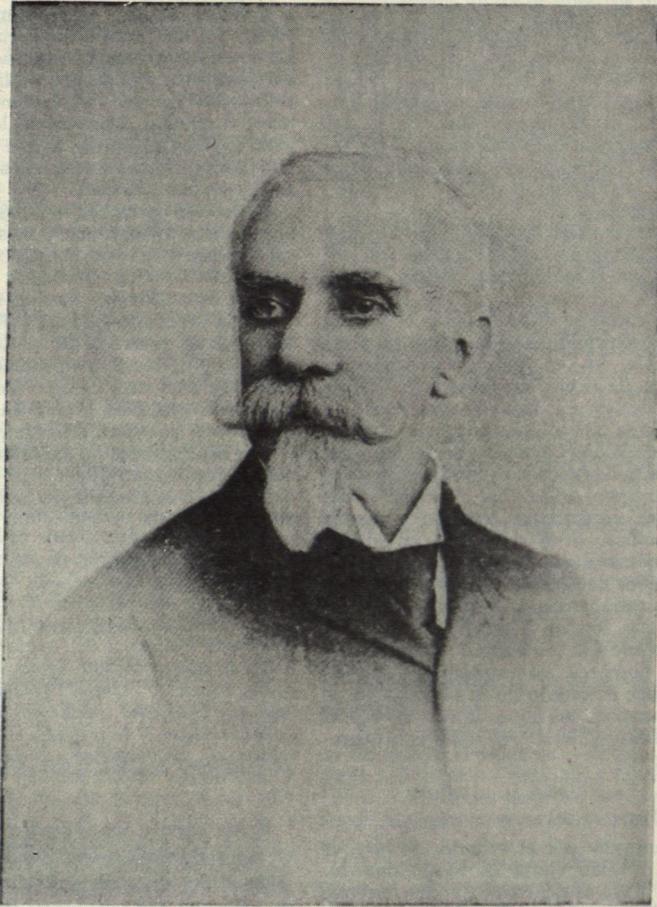
No podemos entrar en los pormenores de la deducción matemática, y nos limitaremos á indicar las operaciones finales.

Si designamos por k el número de las centenas contenidas en el año dado, y por h el de los años que van pasados del siglo, hasta el mismo año dado inclusive, hay que buscar los seis valores siguientes:

- (1) El resto a que deja la suma de $5k+h$ después de dividida por 19;
- (2) El resto b de la división h por 4;
- (3) El resto c que resulta partiendo por 7 la suma de $2k+h$;
- (4) El resto d que deja la suma $15+19a$ dividida por 30;
- (5) El resto e que deja la suma de $2b+4c+6d+6$ dividida por 7; y
- (6) La suma p de $d+e$.

Para el año de 1506 resulta $a=5$, $b=2$, $c=1$, $d=20$, $e=1$, $p=21$. Este número indica cuantos días hay del 22 de marzo, ó sea el mínimo valor que puede tener la fecha de dicha fiesta, hasta el domingo de Pascua del año dado, ambos domingos inclusos. Esto nos da el 12 de abril. La Ascensión es el 40° día después de la Pascua, de modo que cayó en 21 de mayo de 1506.

A. ERNST.



PEDRO EZEQUIEL ROJAS

MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES

MIRANDA

Al aproximarse el día de difuntos fué nuestro deseo departir con los que reposan en el seno de Dios; pero cierta emoción secreta nos hizo pensar que muy pronto estaríamos con ellos. Dejémosles en paz. Pero, si nada diremos acerca de estos miembros de la familia venezolana que nos han precedido en la muerte, recordémoslos, aunque de paso, á aquellos que reposan en el suelo del extranjero, casi todos arrastrados por el torbellino de las revoluciones. ¡Cuántos muertos ilustres! Allí, en tierra que pobló el Araucano, está el incomparable Andrés Bello, inmortalizado por la estatuaría; más que por la estatuaría, por la gratitud de una nación. Hacia el Norte, en tierras del Ecuador, reposan los restos de Sucre, de Flores y de aquel Gual, tan venerable, tan sabio. La estatuaría acaba de celebrar á Sucre al pie del Pichincha; el héroe no podía estar sino al pie de un coloso de Los Andes. Más al Norte, Colombia trae á nuestra memoria al hijo primogénito de Miranda, á Francisco, que sin haber manejado arma mortífera, admite el reto al cual le invita el más hábil de los duelistas en cierta noche de baile; joven de honor quiere honrar el nombre que lleva. En pocas horas, uno de los edecanes de Bolívar, el Coronel Johnson le adiestra en el manejo del arma: Al amanecer los dos contendientes asisten al sitio fijado, y Francisco derriba á su temible adversario. A poco, Francisco es víctima de las guerras civiles.

El nombre del hijo nos aviva el recuerdo del padre el último de los Girondinos que muere con la altivez del romano y la dignidad de Catón, en un calabozo de la Carraca. No llegó su cadáver á participar de los honores que le rinden, aun las hordas salvajes de Australia. Al espirar, un grupo de ma-

landrines llevando el sayal del monje, entraron en la prisión, tomaron el cadáver donde no se había todavía extinguido el calor de la vida, y con toda la ropa de cama, sin ataud, sin fórmulas, lo lanzaron á la fosa y lo cubrieron de tierra..... Y se fueron satisfechos y orgullosos de su obra. Habían vejado un cadáver, pero no habían podido manchar un nombre histórico en las epopeyas de la libertad, en ambos mundos.

Miranda crece, á proporción que la justicia de la historia disipa la bruma que llegó á entenebrer una de las más grandes figuras del siglo. ¡Con cuanta placidez corre nuestra pluma en cada ocasión en que hablamos de aquella grandeza! Los hombres que, al concluir una vida pública, llena de contradicciones y de peligros; aquellos que han tenido que luchar contra la humanidad y contra sí mismo, al encontrarse rodeados de obstáculos, parece que los destina el hado, á prolongados sufrimientos, aislados del contacto del mundo, de la luz y aún del aire que respiran. Este martirio prolongado, si nó los levanta, los absuelve en parte y dispone el ánimo del historiador que sabe siempre fraternizar con todos los infortunios.

Después de haber dado á luz, en estos últimos años, algunos cuadros referentes á la vida pública de Miranda, continuamos hoy con una serie de siluetas históricas sobre el mismo tema. EL COJO ILUSTRADO nos ofrece dulce hospitalidad que aceptamos. Admiradores y más que todo, justicieros, departirémos sobre tan simpático tema y lo harémos, como si conversáramos con nuestros lectores, en la soledad de nuestro desván. Ellos curiosos, atentos; nosotros, acuciosos; defensores de toda honra: ambos venezolanos. Sea la primera silueta la siguiente

En los días en que el Brigadier Don Felipe Ricardos, después de vencer por completo la revolución de León contra la Compañía Guipuzcoana se entregó al gobierno tranquilo de la Colonia Venezolana, vino al mundo Francisco de Miranda, 1756. A los años turbulentos transcurridos de 1749 á 1752; á las persecuciones motivadas contra todos aquellos que censuraron los actos de la tenaz Compañía, monopolio oficial establecido en Caracas desde 1728, sucedieron días tranquilos, y, más que todo, el silencio que impone la mordaza. Y no queriendo el Brigadier dejar en Caracas nombre odioso, que odiosa es siempre toda tropelía, dedicóse, en los últimos tiempos de su gobernación, al fomento de las obras públicas, entre las cuales figuró la composición y arreglo de la Plaza mayor, quedando ésta del todo disponible para el ejercicio de las milicias y la celebración de los actos oficiales, en los cuales era necesario tener, como espectador, al pueblo de Caracas.

Por esta Plaza pasó la familia Miranda en los últimos días de junio del año de 1756, llevando á un parvulillo que había nacido el 9 del mismo mes, y á quien pusieron, en la pila bautismal de la Metropolitana, el nombre de Francisco Antonio Gabriel. Ninguno de los miembros de aquella familia pudo figurarse en aquel instante que, cincuenta y dos años más tarde, en el mismo sitio, el busto de Francisco de Miranda sería quemado por el verdugo; que la cabeza del mismo sería puesta al precio de treinta mil pesos, y que al montante de este suma contribuiría toda la sociedad de Caracas, desde la cantidad de diez centavos hasta la de quinientos pesos. ¡Pobre niño éste, que había recibido las aguas del bautismo, y estaba destinado, sin embargo, á ser condenado en 1806 por la Inquisición de Cartagena, y á que su cuerpo fuese arrojado á la fosa, sin mortaja y sin ceremonia, por los frailes de la Carraca, en una mañana del mes de julio de 1816!

Por lo que fué Miranda de los treinta y cinco á los cuarenta años de la vida, es á saber: espíritu luminoso, palabra espontánea, elocuente y seductora; entendimiento poseedor de nueve idiomas; figura altiva y noble en contacto con las ilustraciones de su época, y de fácil entrada en todas las cortes; hombre de ideas fijas y trascendentales; apóstol fervoroso de la libertad de los pueblos y de las conquistas de la inteligencia: por lo que fué Miranda, repetimos, se comprende que debió ser un niño impaciente, calavera de nobles aspiraciones, y que debió querer, en cierto día, emanciparse de los estrechos límites de la familia, para desarrollarse en otras tierras al estímulo de todo lo bello, grande y generoso que llenaba su espíritu infantil, el cual aguardaba solamente campo dilatado para desplegar las alas, cruzar los espacios de la idea, y sucumbir al fin, envuelto por el torbellino que iba á asfixiarle, después de haber trazado estelas luminosas en el horizonte de ambos mundos.

En efecto, Miranda no cabía en Caracas desde que amamantó en su espíritu el deseo de aprender y de ilustrarse para ser útil á su Patria y á sus semejantes. Había adquirido en la Universidad los rudimentos de las ciencias filosóficas, y privadamente, el conocimiento superficial del latín y del francés y los principios de las ciencias matemáticas; pero al fin y al cabo comprendió que no podía continuar en su carrera, en razón del lamentable atraso que para aquella época en los estudios existía. Dejándose entonces llevar de sus aspiraciones favoritas que consistían en el conocimiento de la historia y de las ciencias exactas, en el estudio de la carrera militar en los campos de batalla, y en el examen de los Gobiernos y de la organización política de los pueblos, apeló á su padre, comerciante rico, y éste aplaudió los deseos manifestados por su hijo. A éste dominaba una idea de la cual él mismo no podía darse cuenta en una edad tan temprana como es la de los quince años, y que parecía cruzar, como silueta de luz, por las regiones de su espíritu: era la emancipación de su individualidad, que ofrecía ya en el infante las primeras manifestaciones de lo que debía desarrollarse más tarde en el hombre adulto.

Ni los ejercicios de las milicias, en los cuales figuraba su padre, Don Sebastián de Miranda; ni el estudio de los clásicos latinos, que tanto deleitaban su imaginación; ni muchas otras causas en gran manera poderosas, hicieron separar al joven Francisco del camino de sus nobles deseos. La vida caraqueña llegó por lo tanto á fastidiarle, y con razón, porque se veía comprimido entre dos fuerzas: la vanidad y las exageraciones de los magnates de Caracas, en marea creciente; y el fanatismo de la muchedumbre que dedicaba toda su atención al rezo del rosario y á las fiestas de la iglesia: es decir, la adquisición de títulos nobiliarios y de cruces, si había riquezas para ello, ó las mayordomías de fábricas religiosas, el homenaje al culto y la reconstrucción de los templos; lo sufi-

ciente para alcanzar del monarca favores y distinciones, á falta de dinero y recomendaciones personales.

Para conocer, muy sintéticamente, el estado de la sociedad caraqueña durante el último siglo, basta leer las siguientes frases que tomamos de una extensa nota dirigida á Carlos III, por el Ayuntamiento de Caracas, en 1763. «No tenemos aquí, poderoso señor, artificiosos paseos, costosos teatros, divertidas armonías que nos entretengan; pero los rosarios de María alumbran, alegran y rondan nuestras calles; y su dulce nombre las puebla de hermosas atmósferas. Sus fiestas son nuestros espectáculos, y el ir á visitar y acompañar sus imágenes, nuestros paseos». . . . Entre tanto, el amor á los galones y charreteras, á las cruces de Alcántara y Calatrava, y al hábito de Santiago, ocupaba el ánimo de los pudentes. Carlos III, al crear las milicias en Venezuela y en otros países de América, obró con sabiduría. «Dádoles galones y charreteras, títulos y cruces, á todos estos necios de América, se dijo, los contento y los inflo, pues con poco se satisfacen; y, por lo que respecta á los esclavos, me bastan el rosario y el látigo para que amen á Dios en los cielos y al Rey en la tierra.» Y á tal grado llegó el entusiasmo militar de los magnates de Caracas, que, no pudiendo estar todos ellos empleados en el primer batallón de milicias, crearon una compañía que se llamó de *nobles aventureros*, compuesta de setenta y cinco plazas, en la cual todos eran hombres copetudos.

Entre los oficiales del primer batallón figuraba el Capitán Don Sebastián de Miranda, padre de Francisco, al frente de la compañía de blancos isleños, nombrado por el Gobernador General Solano desde 1764. Alternaba, por lo tanto, don Sebastián, con sus compañeros, los demás oficiales del batallón, casi todos ellos titulados; pero llegó un día, en 1769, en que quisieron deshacerse de Don Sebastián, que, aunque rico, honrado y benévolo, había hecho su gran fortuna detrás de un mostrador, vendiendo víveres y lienzos, y trabajando con empeño en empresas comerciales. Eran estas ideas hijas de la época. El círculo Tovar-Ponte, que contaba con los Alcaldes de la ciudad y con el Ayuntamiento, los cuales, en fuerza de la ley tenían que ser venezolanos, quiso molestar al círculo español, y buscó camorra á Don Sebastián. Pero éste, que no era lerdo, aceptó el reto de sus contrarios políticos, se defendió, batalló y triunfó por completo ante los tribunales y ante el Gobernador Solano. En última apelación al Rey, salieron los expedientes para España, y el Monarca no se hizo aguardar por mucho tiempo. La sentencia fué favorable al Capitán Miranda, y depreciosa, políticamente hablando, al círculo venezolano, pues dejaba á Don Sebastián con los títulos, honores, preeminencias y derechos adquiridos, y ordenaba que, en lo sucesivo, uno de los dos Alcaldes de la ciudad, que hasta entonces habían sido venezolanos, fuera español. Un regaño de á folio sufrió el Ayuntamiento por la conducta que había observado con Miranda, y le ordenaba además el Rey que no volviera á inmiscuirse en asuntos de milicia. Todavía más: por lo que respecta á la *Compañía de nobles aventureros*, dispuso el monarca que cualquier español tenía derecho á figurar en ella; lo cual equivalía á disolverla. (1)

Una persecución tan injusta como impolítica trajo, como era natural, el desmembramiento del círculo Tovar-Ponte, que hasta entonces había figurado en la escena. Aprovechándose de tan triste incidente, el joven Miranda alistóse para seguir á Europa, donde le aguardaban grandes sucesos. Dejaba á Caracas á la edad de diez y siete años llevando para hombres notables de España algunas cartas de recomendación que le habían proporcionado el General Solano, amigo de Don Sebastián, y otros amigos de su familia. Injusticia tan notable abría á Francisco el camino de la gloria.

Pero no se crea por esto, que el jovencito Miranda poseía un espíritu tranquilo y que su entrada en el mundo de las pasiones estaba exenta de falta. Era un atolondrado, un calavera de á folio, espíritu impaciente, intolerante, gastador de la fortuna de su padre. Y tan insufrible aparecía

ante su familia que ésta, por consejo del general Solano, capitán general de Venezuela, resolvió enviarle á España para que se modificara ó se perdiera en los piélagos de la sociedad europea. Solano espíritu sagaz había comprendido que todas las locuras de Francisco iban á ser modificadas, tan luego como cruzara el Atlántico, lo que en efecto se realizó. Poco á poco, estimulado por el estudio, fuera de las atracciones del suelo natal, aquel joven inquieto fué reconcentrándose. Era el comienzo de la transformación, y aparecían las primeras líneas de aquella noble figura de faz morena y española, de altivez sombría, de aspecto trágico de quien está predestinado más al martirio que á la gloria, como escribe Michelet.

Miranda aparece en los escritos de Thiers, de Lamartine, de Blanc y de otros historiadores, como nacido en el Perú, sin indicar, ninguno de ellos, en qué pueblo ó ciudad. Esto no es extraño, y no debe culparse á los historiadores, sino al mismo Miranda, el único responsable de este error, el cual comenzó á generalizarse en Francia, desde fines

frutos. En profesores y libros empleaba el joven Miranda buena parte de su fortuna. Refiérese que, habiendo recibido de París una buena colección de libros sobre varios ramos del saber humano, la Inquisición tuvo á bien confiscarlos para hacerlos devorar por sus hogueras. Miranda apeló á su superior, el Conde O'Reille, inspector general del ejército, buscando en él la manera de salvar del fuego su rica biblioteca; pero O'Reille le contestó, sonriéndose, que lo único que podía hacer era consolarse, pues también él había sido víctima de tan salvaje disposición. (1)

El primer ensayo de Miranda, en la carrera militar, tuvo cabida en la defensa de la plaza de Melilla, en la costa de África, cuando en 1774, sin motivo alguno, el emperador de Marruecos rompió la paz y hostilizó vigorosamente á Melilla y al Peñón de Vélez y Alhucemas. Bajo las órdenes del Brigadier Cajigal, el joven Miranda comenzó con buen éxito su carrera. Al romperse la guerra entre Inglaterra y los Estados Unidos de América, despertóse en el joven Francisco el deseo de militar



ENTRADA A MACUTO

del último siglo, no porque Miranda negara su país natal, que bastantes pruebas dió del amor que le profesaba, sino por las respuestas evasivas que daba para eludir una serie de preguntas necias; interrogatorio repugnante que no admiten los hombres ilustrados. Es el hecho que, cuando Miranda comenzó á llamar la atención del mundo europeo, la primera pregunta que se le hacía en los círculos y salas más notables, versaba sobre el lugar de su nacimiento, á lo que el célebre girondino contestaba con orgullo nombrando á Caracas; pero como esta capital no era conocida en Europa, nuevas preguntas tenían que comprometer la cortesía del General, cuando se quería saber algo respecto de la zona geográfica de Venezuela, de sus recursos, de su adelanto, de su población, y de otras cosas que en tales momentos se acostumbraban. Tan pesados cuestionarios, repetidos á cada momento, hicieron que Miranda tomase una resolución definitiva con el propósito de libertarse del examen de geografía venezolana á que se le sometía constantemente; y la resolución fué ésta: decir que era natural del Perú, país conocido en el mundo social, político y científico, por sus riquezas, desde los días de Pizarro. Este es el origen que dió motivo para que los historiadores franceses dieran á Miranda la nacionalidad peruana.

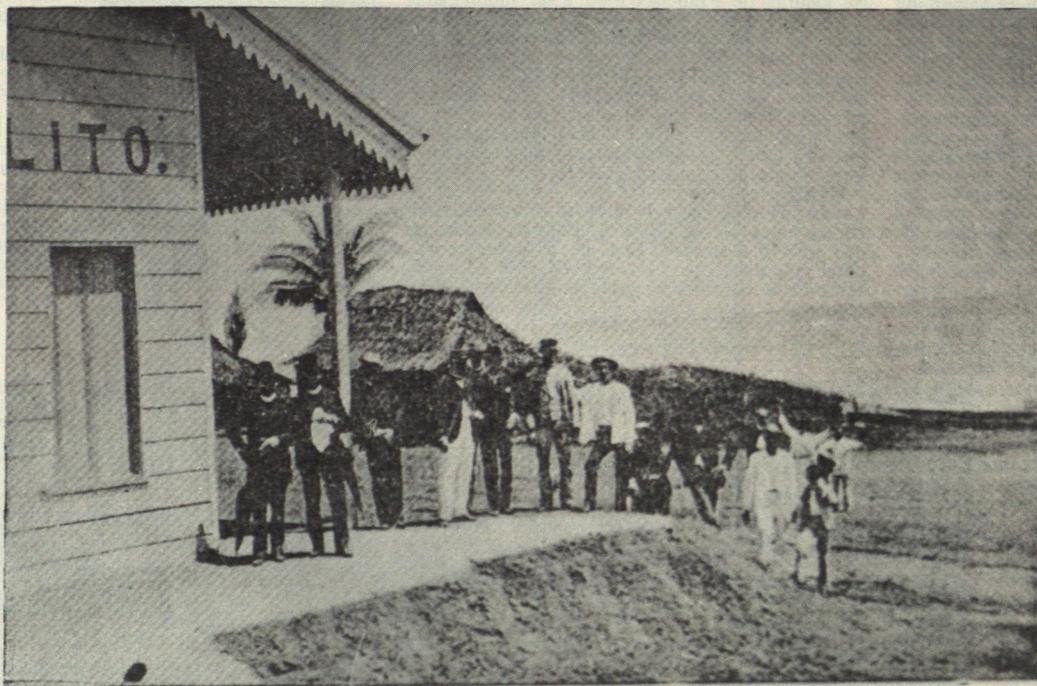
Al llegar á Madrid, el joven Miranda entró, como Capitán, en un regimiento de la ciudad, dedicándose con entusiasmo á sus estudios de matemáticas, ingeniería, é idiomas antiguos y modernos. No satisfecho de los profesores españoles, pidió á poco licencia para seguir á París, donde deseaba hacerse de maestros; pero no le fué concedida la petición. Entonces resolvió mandarlos á buscar, y, tan luego como llegaron, se dedicó con nuevo entusiasmo á arar el terreno que debía darle ópimos

en filas republicanas, y en tal sentido hubo de solicitar un permiso, que le fue negado. Mas cuando se rompieron las hostilidades entre la Inglaterra y España, en 1779, Miranda acompañó á Cajigal, que iba á poner sitio á Gibraltar. A poco siguieron ambos á Cádiz, y, durante esta época, pudo Miranda estudiar las maniobras de la infantería. En esto se apresta el ejército español para auxiliar con el francés la revolución de los Estados Unidos de América. De nuevo solicita Miranda permiso para acompañar las tropas expedicionarias y en esta ocasión se le concede, con el grado de Ayudante de órdenes del General en Jefe de la expedición. Al lado de Cajigal, Miranda asiste á todos los hechos de esta campaña. «La apertura del puerto de la Habana al comercio americano, escribe Chauveau Lagarde, la conquista de La Florida del Oeste; la de las islas de Bahama; la salida del Conde de Grasse para Chesapeake, cuyo resultado fué la captura del ejército inglés y la independencia de la América del Norte, y, en fin, la proyectada invasión de Jamaica, fueron, más ó menos, obra de sus consejos, y tomó parte en su feliz ejecución, en pro de la libertad del Nuevo Mundo.» (2)

En la intimidad que reinaba entre Miranda y el General Serviez al comenzar la campaña venezolana de 1812, el célebre Girondino decía á su teniente: «Mi primer sentimiento varonil se transparentó en cierto estímulo de celo nacional, al pensar en la emancipación de los Estados Unidos; y el primer vuelo de mi alma en cierto deseo inspirado por la libertad del suelo patrio, porque yo no me atrevía á llamar á la América una patria. Este sentimiento de amor por la libertad ejerció sobre mi

(1) *The Edimbourg Review*, for January, 1810.

(2) CHANVEAU LAGARDES.—«Defensa de Miranda.»—*Anales du Barreau Français*.—París 1847.



PUERTO CABELLO Y VALENCIA — EL PALITO
Estación del Ferrocarril

¿Y después? Ah!... Estas grandezas humanas, al llegar á las regiones de ocaso, desaparecen unas tranquilas y plácidas como luces planetarias que se ocultan bajo el horizonte, mientras que otras caen en el estruendo de las pasiones; ora las arroja el vendaval de los odios á las playas del destierro, donde se agostan al peso de los recuerdos; ora son víctimas de los Gobiernos desleales, que se complacen en verlas abatidas en la oscuridad de las mazmorras, donde sólo Dios recoge sus últimos suspiros.

De aquel que murió asfixiado en la Carraca, en 1816, cargado el cuello de pesadísima cadena, acaba de decir Michelet, uno de los escritores más célebres del siglo: "No hay ejemplo de vida alguna consagrada tan absolutamente al servicio de la idea, sin conceder jamás un sólo instante al interés ó al egoísmo; no hay ejemplo de tal desprendimiento en la historia de la humanidad."

ARÍSTIDES ROJAS.

HERACLIO M. DE LA GUARDIA

Media hora hace que tengo delante las cuartillas sin poner en ellas la mano, como si nada tuviese que decir de Heracleo Martín de la Guardia. Y es todo lo contrario: tengo mucho que decir del hombre y del poeta, y como el espacio de que puedo disponer es limitado, resulta que no cabiendo en un artículo lo que sería materia de un libro, forzosamente debo escoger tan sólo una de las faces del asunto, y hé ahí mi perplejidad. ¿Cuál de las faces con que está presente á mis ojos don Heracleo será la preferida? ¿La del poeta lírico? ¿La del autor dramático? ¿La del periodista? Serán todas y no será ninguna, es decir, diré de Guardia lo que se me ocurra, sin orden premeditado, como me lo dicte el corazón donde hay mucho de amistad para él, y como me salga de la cabeza donde hay mucho de admiración para sus múltiples talentos.

Tiene Heracleo Guardia la gran cualidad inseparable del verdadero mérito: la modestia. No es que él se aprecie en menos de lo que vale, sino que valorándose con justicia no se da á beber los vientos de la vanidad. Comprende que la inspiración es don divino, don que no se alcanza en fuerza de engreimientos. Sabe que cada hombre ha sido dotado por Dios de alguna cualidad cuyos quilates sólo Él puede apreciar, de suerte que si en uno brilla con mágico fulgor la inspiración, arde en otro fuego de amor, fecundante como el del sol. No hay criatura humana que ostensible ó secreta no lleve la prenda con que quiso Dios engalanarla, y que vemos cada vez más reluciente en los que aspiran á devolverla aquilatada al Donador, en tanto que empañada y en olvido está en aquellos que desechan propias galas para vestirse las prestadas, ó desconocen cómo Dios ha de medir nuestros esfuerzos por lo que aumente de valor la oya en nuestras manos.

Esa cualidad que en cada quien se observa, y que no se puede obtener por propio esfuerzo es el sello que indica nuestros excelsos orígenes.

Así como Domingo Ramón Hernández es el más popular, Heracleo Guardia es el más fecundo de nuestros poetas. Su lenguaje natural es el ver-

esta edad, todavía se sueña: el espíritu práctico es hijo de la experiencia y de los reveses. Dejémosle seguir, para que visite los viejos emporios de la civilización europea y las ruinas del mundo pagano. Espíritu alimentado con la savia de los leones, va á resistir las tentaciones del mundo político, y á buscar inspiración en los apacibles horizontes de la justicia universal, llevando por única divisa: *Cara patria, charior libertas*. Va á repasar la historia del hombre en el libro gigantesco de la naturaleza y de los cataclismos sociales. Sobre las cimas del Etna verá nacer el sol de las Termópilas, que le recordará á Leonidas, y le verá ponerse sobre el campo de Mantinea, donde vaga la sombra augusta de Epaminondas. En las islas de Grecia, en Egipto y en las ciudades de Italia admirará el arte antiguo; y con Homero visitará después las arenas de Troya, para recordar la epopeya de Ilíon.

Va á asistir á las grandes fiestas de los potentados europeos; va á partir, sobre variados ramos del saber, con espíritus ilustrados. Va á hacer conocer la América descubierta por Colón, que aguarda la hora solemne en que habrá de presentarse ante el mundo con sus hombres, con sus ideas, con sus conquistas. Y cuando suene la trompeta de la libertad sobre las ruinas de la Bastilla, allí estará Miranda para asistir al drama de sangre y devastación que sintetiza los errores y las conquistas de un siglo. Allí le aguarda la gloria, la espada vencedora y también la desgracia, entenebrecida por la calumnia y la envidia. Pero el romano sabrá disipar la tempestad, y aparecer radiante de inocencia á las miradas de la multitud, y salvarse del cadalso que le aguardaba. ¡Prolongada noche aquella en la cual el carro sangriento de la revolución conduce nuevas víctimas á la guillotina, después de la salvación de Miranda! Todos sus amigos van á desaparecer, desde los girondinos hasta Desmoulins, Chenier, Lavoisier; pero cuando llegue la hora de la reacción, de la fosa hacinada de cadáveres surgirá la luz, aparecerá la libertad, y Miranda podrá decirse: *cara patria, charior libertas*.

Washington cierra el siglo XVIII—la libertad de los pueblos es el triunfo del siglo XIX. Miranda, el piloto republicano, ignorante de los escollos, tendrá que retroceder en presencia del peligro; pero será después de haber clavado, en la costa que exploraron los Welses, el estandarte de Colombia. De etapa en etapa, llegará á la deseada meta: el constituyente venezolano de 1811 es la apoteosis de Miranda.

espíritu tal imperio que todas mis ideas tenían que converger á este punto, llegando á ser el norte de todas mis acciones y la causa de mis viajes por el Continente." (1)

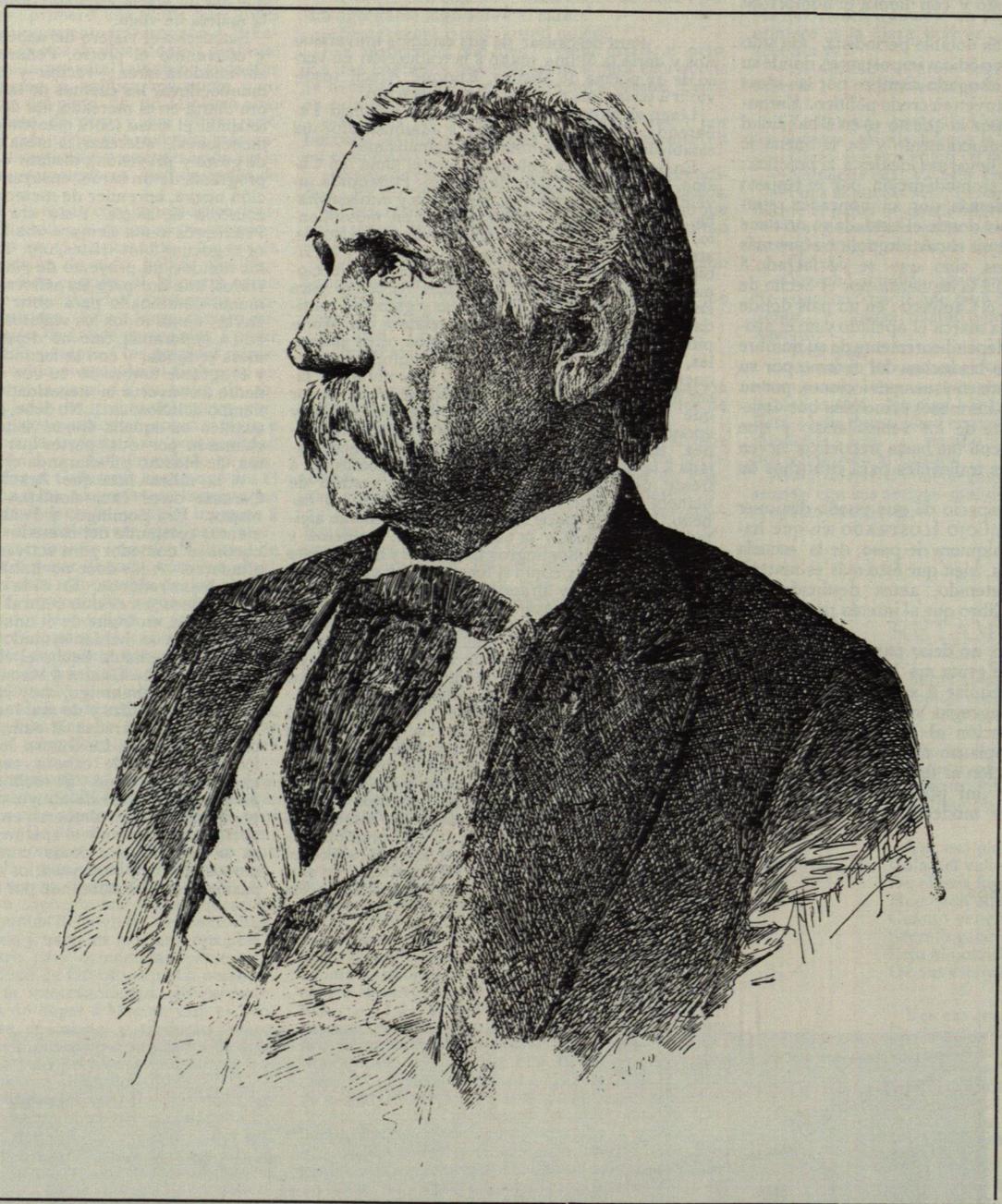
La amistad y admiración del veterano español hacia su edecán, el teniente coronel Miranda, había llegado á ser proverbial, cuando un incidente, del cual se aprovecharon los enemigos de ambos para levantar el grito al cielo, hizo que Miranda dejara el puesto de honor que tenía al lado de su protector y amigo, para dedicarse á viajar por América, Europea y Asia, comenzando por la gran República que acababa de fundar Washington. Con cartas para el gran Libertador y para el Ministro de España, salió Miranda de la Habana en 1783, llevando en su corazón amor y respeto por el ilustre jefe de quien había sido á un tiempo edecán y consejero. Esta amistad no se interrumpió jamás, y cuando en 1798, el ruidoso pleito que tan malos ratos proporcionara á Cajigal, fué rematado con la abolición tanto de Cajigal como de Miranda, estos íntimos amigos, en cartas llenas de nobles sentimientos, se felicitaban mutuamente. Nada habían podido contra ellos las tropelías de sus enemigos. (2)

Miranda no llegó á conocer y tratar á Washington, sino cuando, en 1783, se le presentó con la carta de recomendación que le había dado Cajigal. Refería aquél á uno de sus admiradores, en la campaña venezolana de 1812, que cuando se presentó delante de Washington, se turbó por cortos instantes. Le pareció tan radiante aquella figura, y tan grande la obra que había llevado á remate, que él, joven, sin títulos á la admiración y gratitud de sus semejantes, no encontraba frases apropiadas para saludar á tan ilustre varón. Durante su estadía en los Estados Unidos de América, fué cuando el joven Miranda concibió el proyecto de ser, algún día, el libertador de su Patria. Creyó que para alimentar y desarrollar tan fecunda idea, debía viajar, conocer y tratar á los hombres y á los Gobiernos, estudiar las instituciones de los pueblos y traer en su ayuda todos los elementos dispersos, para sacar de la esclavitud la libertad—de las tinieblas—la luz.

Frisaba en los veinte y siete años de la vida. A

(1) L'AIDE DE CAMP. Souvenir des Deux Mondes, publiés par Maurice Viarz. Paris 1832. Obra atribuida al General Servièz.

(2) Un pleito ruidoso; tal será el tema de una de estas siluetas Mirandianas.



D. HERACLIO M. DE LA GUARDIA

so, y si queréis convenceros de la verdad de esta aserción hacédele hablar y escribir alternativamente y veréis que en la conversación vacila, tropieza, deja ver la idea que rara vez expresa por entero; mientras que escribiendo parece que la corriente del pensamiento se desliza por el brazo hasta la pluma, la cual no se detiene hasta no poner el punto final. ó mientras voluntariamente no se interrumpe la labor. Casi no corrige, primero porque las ideas nacen con su vestido propio, y luego porque amando la excelsitud del pensamiento, no gusta de someterlo á las crudezas del torno y de la lima. Hay escritores para quienes la idea es bloque de mármol donde el cincel y la lima harán la obra; á tiempo que los hay para quienes el pensamiento es carne viva, donde no cabe alteración de forma sin que el autor se haga verdugo. Heraclio Guardia es de este número.

Labor prolija sería enumerar las producciones de Guardia, todas ellas á la altura de la reputa-

ción literaria del autor. Obtuvo el premio de la Sociedad de Ciencias Sociales en el certamen de 1869 con la famosa oda *La Libertad del Viejo Mundo*; el del certamen literario del centenario de Bolívar, el del centenario de Bello, el de la sociedad Andrés Bello de Valencia, el acordado á un *Himno Nacional* en el certamen en honor de Bolívar (1878), el de los Juegos Florales de la Habana en 1887 con su obra *El Progreso*, un premio extraordinario de los mismos Juegos Florales, con su composición *Excelencias del Trabajo* y el premio del certamen en el centenario de Páez con su obra *Las Queseras*. (*)

Nueve obras dramáticas de Guardia se han representado con éxito notable en los teatros de Caracas: *Cosme de Médicis*, drama en verso y

prosa, en 1849; *Policarpa Salavarría*, drama en verso, en 1850; *Don Fadrique, Gran Maestro de Santiago*, drama en verso, en 1856; *Parisina*, tragedia en verso, en 1858; *Don Pedro de Portugal*, drama en verso, en 1860; *Güelfos y Gibelinos*, drama en prosa, en 1863; *Luchas del Progreso*, drama social, en 1878; *Fábrica sobre arena*, comedia en verso, en 1876, y *Los Alemanes en Italia*, zarzuela con música del maestro Montero. Con *Güelfos y Gibelinos* alcanzó la condecoración del Busto de Bolívar, y con *Luchas del Progreso* una medalla de la juventud de Caracas.

Bien se vé, pues, que es éste uno de nuestros poetas más justamente aplaudidos, y creemos que el más laureado de todos.

Sólo una vez ha salido de su patria, enviado de Cónsul de Venezuela á México. Allí fué tan celebrado como en su tierra natal, allí el público mexicano tuvo la suerte que no hemos tenido

(*) Cupo al autor de este escrito la honra de pertenecer al Jurado que acordó el premio á la obra de Guardia, en unión de los señores Domingo Ramón Hernández, J. A. Pérez Bonalde y J. A. Calcaño.

DILETTANTISMO

(DE UN LIBRO INÉDITO.)

I

Para descansar de sus estudios universitarios y darle la última mano á la traducción en verso de un poema de Shelley, Enrique Aracil resolvió ir á pasar tres ó cuatro días en Macuto.

Llegó al Hotel del Casino. Salió á recibirlo Peñaranda, el afable propietario y administrador del establecimiento. Un hombre originalísimo!

En aquella época Peñaranda era el alma del Casino, y el Casino el alma de Macuto. Peñaranda inventaba, creaba, proponía, convencía y entusiasma. Su imaginación estaba siempre en movimiento, proyectando bailes, organizando excursiones, arreglando charadas, componiendo poesías y escribiendo canciones; preparando brindis y confeccionando *menus*; ideando deliciosos reclamos para enviarlos á los diarios de Caracas y ganando partidarios para su candidatura á la Jefatura del Municipio. No se conformaba, como tantos otros mortales, con una sola gloria: el manto de gloria con que quería cubrirse debía reflejar las innumerables fases de su variadísimo talento. Nadie supo mejor que él atraer al viajero, cautivarle enseguida y aprisionarle en la red de sus multiplicadas atenciones. En el instante mismo en que el viajero bajaba á la puerta del Hotel se encontraba frente á frente de Peñaranda,—alto, delgado, vestido de blanco, descubierta la frente, bien peinado el cabello, bien retorcidos los bigotes, frescamente afeitadas las mejillas y la barba; vivos, inquietos y afectuosos los ojos negros; larga, fina y ligeramente arqueada la nariz, como si fuese gancho carnal destinado á agrandar y atraer; contraída siempre la boca por una sonrisa acariciadora; prontos los dedos de las nervicasas manos á coger á tiempo una maleta y á estrechar la mano del amigo. El semblante, el porte y las maneras de un hidalgo, con un no sé qué de zalamero y meditadamente familiar que inspiraba al momento confianza y simpatía.

Peñaranda saludaba al viajero como á antiguo conocido; le acompañaba hasta la puerta de su habitación; la abría con estudiada delicadeza, como si se tratase de abrir una puerta de cristales muy frágiles; le invitaba á entrar inclinando la cabeza de un modo casi imperceptible; entraba detrás; daba dos ó tres palmaditas sobre las almohadas de la cama, para cerciorarse de que eran blandisimas; paseaba la escrutadora mirada sobre el aguamanil, el ronero, la mesa de escribir..... y empezaba su discurso de costumbre enumerando las

comodidades del Hotel y los placeres de Macuto; pero no el discurso vulgar de un industrial cualquiera, sino un discurso en que se armonizaban la advertencia benévola y el reclamo diluido en medias tintas, con una naturalidad tan vecina del arte, que era un placer regalado oírle mientras se abría la maleta de viaje.

Satisfecho el viajero del aspecto de su habitación y convenido el precio, Peñaranda continuaba su abrumadora tarea:—recibir y despedir á todo el mundo, llevar las cuentas de la casa, hacer la compra diaria en el mercado, dar órdenes en la cocina, redactar el *menu* (obra maestra en nombres y combinaciones), aderezar la mesa (maravilla siempre de gusto y previsión), discutir con los inquilinos el programa de un sarao, ensayar al piano una canción nueva, aprender de memoria el papel de una comedia de salón. Y no era eso todo; sino que Peñaranda tenía siempre una historieta alegre para regocijar á los tristes, una frase afectuosa para los tímidos, un proyecto de placeres para los aburridos, una flor para las señoras, un cocktail sabiamente combinado para abrir el apetito. Más todavía; como todos los viajeros conocían ó estimaban á Peñaranda, éste no dejaba de sentarse á la mesa redonda, y con la fecundidad de su ingenio y el agradable timbre de su voz contribuía más que nadie á convertir la necesidad de comer en pasatiempo delicioso.....No debe, pues, extrañarse que cuantos en aquella época visitaban á Macuto proclamasen por todas partes que el Casino era el alma de Macuto y Peñaranda el alma del Casino.....

Á la misma hora que Aracil habían llegado de Caracas otros excursionistas, entre ellos los Ministros. Era domingo, y Peñaranda se bebía los vientos corriendo del comedor á la cocina y de la cocina al comedor para activar la preparación del almuerzo. A las doce no había un asiento vacío en la mesa redonda. En cada cabeceña ó la mesa, un Ministro; en el sitio central de uno de los lados, Peñaranda, en frente de él una señora. Los demás comensales se habían sentado á su antojo.

Aracil, que había hecho el viaje de Caracas á La Guaira y de La Guaira á Macuto sin encontrar en el tren á ningún amigo, muy cansado de las tareas de los últimos días y de mal humor, porque el frío que hacía en Caracas al salir el tren y el intenso calor al llegar á La Guaira le habían causado un fortísimo dolor de cabeza, cambió por completo una hora más tarde. El recibimiento de Peñaranda y un baño en el río ahuyentaron la jaqueca, y la perspectiva de un almuerzo en buena compañía le abrió inusitadamente el apetito. Al sentarse á la mesa se propuso tres cosas: comer mucho, hablar lo menos posible y observar á los comensales. Tenía la pasión de andar buscando por todas partes detalles

nosotros de oírle recitar sus propias producciones, alternando con Altamirano y el insigne Peza. Gran número de amigos, muchos admiradores y gratuitos recuerdos dejó en México, y más que todo esto, bien puesto y con honra el nombre de su patria.

Guardia es además notable periodista. Ha sido Director de varios periódicos importantes, donde su gallarda pluma ha abogado siempre por las ideas liberales que constituyen su credo político. Entonces se ha señalado por lo que no es en él habilidad sino efecto de su temperamento y de la buena fé con que pugna por llevar sus ideales á la práctica: se ha señalado por su moderación, por el respeto á las ideas de los demás, por su honradez republicana. En un país donde el ciudadano no tiene opción para afiliarse en el partido político que más cuadre á sus ideales, sino que se ve forzado á estar á la derecha ó á la izquierda por el hecho de llamarse Montesco ó Capuleto; en un país donde la filiación política marca el apellido y no el programa, Guardia, independientemente de su nombre se ha distinguido en las luchas del civismo por su conducta congruente con sus convicciones, por su entusiasmo por los hermosos principios que amamos la mayor parte de los venezolanos, y que desgraciadamente con tan harta frecuencia sirven de pretexto á ruines traficantes para cubrirnos de vergüenza.

Se me agota el espacio de que puedo disponer por esta vez en EL COJO ILUSTRADO sin que haya podido hablar, siquiera de paso, de la escuela literaria de Guardia, bien que ésto más es materia de un trabajo detenido, antes destinado á la perdurabilidad del libro que al interés pasajero del periódico.

Sólo he querido no dejar pasar en blanco la ocasión, ya que tan grata me la ofrece EL COJO ILUSTRADO al obsequiar á sus abonados con el retrato de nuestro egregio vate, de tributar una vez más mi veneración al maestro, mi admiración al poeta, mi aplauso á una gloria de la patria, mi consideración al ferviente republicano y honrado político, mi profunda estimación al hombre laborioso y modesto, y mi cordial aprecio al noble amigo.

E. M. y M.

Octubre 27 de 1892.



curiosos y tipos característicos para sus estudios literarios.

Desde el principio del almuerzo la conversación se hizo general y ruidosa, con la ruidosa franqueza que los americanos heredaron de los españoles. Tres de los comensales se distinguían en su hablar hasta por los codos: primero, una viuda muy joven y graciosa que continuamente interrogaba á Peñaranda sobre sus proyectos de diversiones; después, Peñaranda que á cada instante intentaba encauzar la conversación hacia la política macuteña, y no apartaba la mirada del plato de un Ministro sino para fijarla en el plato del otro; y por último, uno de los Ministros, el más viejo, que revelaba más ganas de seguir la divertidísima conversación de la viuda que las comprometedoras insinuaciones de Peñaranda.

Aracil empezó á observar con marcada curiosidad al Ministro hablador, á quien hasta entonces no había oído sino en el Parlamento. No quería desperdiciar la ocasión de oírle hablar familiarmente. Todo el mundo conocía al Ministro como hombre político de una habilidad consumada y como orador elocuentísimo. Su ya larga carrera pública era una sucesión de éxitos personales, á pesar de haber pertenecido siempre á los partidos ministeriales. No había caído nunca con el Gobierno en que figuraba; la derrota pasaba á su lado, sin tocarle; y al día siguiente del triunfo del nuevo partido aparecía él en puesto eminente, como si tuviese pactos secretos con la victoria ó su personalidad fuese indispensable. . . . Ningún otro le prestaba mayores servicios al Gobierno, como que era él quien entusiasmaba á las mayorías parlamentarias en los momentos de indecisión, y sabía inventar á menudo la fórmula aparentemente legal para interpretar en sentido reaccionario un artículo liberal de la Constitución. Y á pesar de todo, cosa inaudita! la oposición no le hacía responsable de los abusos gubernamentales, ni los vencidos le guardaban rencor, ni los engañados le odiaban, ni sus antiguos amigos le llamaban apóstata. Á veces le tachaban de voluble; pero sin acrimonia, como se tacha de voluble á una mujer en quien todo el mundo reconoce la natural inclinación á cambiar de amores. Á menudo le calificaban de mentiroso; pero sin ira, como si aquellos que habían creído en sus mentiras se considerasen á sí mismos culpables de infantiles inocencias. . . .

“¿Por qué tales contrastes?—se preguntaba Aracil, observando la cara afable del Ministro y procurando hallar en sus ojos alguna revelación de sentimientos íntimos—¿De dónde viene que este hombre escape casi por completo á la ola de odio que de todas partes sube para envolver á cuantos gobiernan en estos tristes tiempos?”

Y poco á poco su atención fué distraiéndose de las divertidas preguntas de la viuda, de las insinuaciones de Peñaranda y hasta de la charla apacible y natural del Ministro, para contemplar intelectualmente, con curiosidad de filósofo, aquella personalidad que le parecía interesantísima. El excursionista, que acababa de llegar á Macuto con el propósito de divertirse, descansar y traducir versos, se sintió de nuevo dominado por su pasión de analizar caracteres, plantear problemas morales y resolverlos sucesivamente de modos diversos.

“¿Por qué no?—pensaba, mientras los otros comensales discutían sobre la arena que llenaba los baños de mar y la manera de evitarla—¿Por qué no? He ahí el personaje principal de una novela que metería ruido excitando la curiosidad del lector. Si yo lograse fijar en un tipo todos los aspectos de la contradictoria complejión moral que me parece existir en este hombre, no habría perdido el tiempo. Haría moverse el tipo en los varios medios sociales y políticos por donde él ha pasado. Su biografía se presta á ser también un capítulo de sociología. ¿De dónde viene él? Hasta ahora sólo sé que nació en provincia. ¿En cuál y cuándo? ¿Y en qué medio familiar se pasó su infancia? El estudio de sus antepasados me daría quizá la clave de algunas fases de su carácter: el momento en que empezó su vida pública me serviría para analizar las influencias individuales y sociales que comenzaron á hacerlo tal como ahora se presenta; y los actos que ha firmado como Ministro y sus discursos parlamentarios me llevarían á buscar las causas predominantes del estado actual de nuestra vida política. . . . Un hallazgo! Hoy mismo pongo mano á la obra. . . .”

El almuerzo había concluido. Peñaranda le dió una palmadita en la espalda á Aracil, que había olvidado servirse postres.

—No toma usted queso?—preguntó Peñaranda.
—No, gracias.
—Fruta tampoco?
—Tampoco.
—Café?
—De buena gana; moka, verdad?
—Caracolillo, señor Aracil, descerezo y escogido expresamente para el Hotel del Casino.
—Pues venga una taza de caracolillo, y una copita de cognac.

—Bravo! una copita. . . ya verá usted. . . del que me envía Hennessy mismo, mi corresponsal y amigo.

—Es usted un grande hombre, Peñaranda. Cuenta con una crónica reclamatoria en *El Monitor*.

—Cuento con ella. . . Esta noche se baila y podrá agregarse algo sobre el sarao.

—Se agregará cuanto usted quiera.

—Y apropósito, qué idea! Viene usted al pelo. En una charadita que preparamos para esta noche se necesita un poeta que recite unos versos. Usted es el hombre!

—Gracias por la elección. Empiece usted por buscar un libro de poesías, porque no confío en mi memoria.

—Nada de eso. No se trata de versos aprendidos. Es preciso que los versos sean improvisados.

—Pues recojo mi palabra. En duro aprieto me pone usted. Improvisar versos yo. . . así saldrían ellos!

—Nada, que improvisa usted. . . ó hace como si improvisase. Tiene tiempo.

—Ya caigo. Enrollo el trompo, y cuando me toque mi turno. . .

—Cabal. Lo echa usted á bailar. Con que. . .

—Improvisación. . . *avant la lettre*.

—*Voilà!*

Y mientras Aracil bebía el café la conversación continuó en francés, porque uno de los talentos de Peñaranda era el poliglottismo.

Al cabo de diez minutos el ruido de un carruaje que se detuvo á la puerta del Hotel puso fin al coloquio. Aracil saboreó las últimas gotas de cognac, encendió un cigarro y se marchó á paseo.

“Buena idea—iba pensando camino del Parque—He dado en el clavo. Estoy por creer que la casualidad es la madre de todas las buenas ideas. . . . Como la oposición al Gobierno no puede hacerse descaradamente no hay más que hacerla de un modo indirecto, no con invectivas coléricas sino con insinuaciones irónicas, no á cinstarlas sino á alfileras. Lo que va á rabiar Estrellas! . . . Pero es preciso que al principio no se den cuenta de mi propósito. Mucho tiento en los primeros capítulos, mucha sombra sobre la cara de los personajes, para que el lector sospeche quiénes son sin atreverse á nombrarlos; mucha ironía velada, mucho equívoco ingenioso. La novela empezará antes del 54, en provincia. El Ministro mismo no parará mientes en que voy á escribir su historia. Y si se entera, poco importa: ese no es perverso por instinto; su corazón debe de inclinarse más cerca del fatalismo que de la maldad. Si comprende, se reirá y no dirá nada. En Francia le llamarían *un homme d'esprit*. En realidad es un tipo interesante. Al observarle hoy me ha parecido ver en sus ojos, por un instante, cierto resplandor fugaz. . . . Diabli! está claro! No es la primera vez que me fijo en ello. Hay siempre un momento en que el alma de todo hombre, por más diplomático y por más tuno que sea, se le asoma á los ojos. La dificultad consiste en aprovechar el momento y atrapar al vuelo la imagen fugitiva. . . . La contradictoria vida de este hombre y su carácter lleno de contrastes son cosas que no provienen exclusivamente de las influencias exteriores ni del hábito. En ello debe de haber elementos orgánicos ó étnicos. Esta tarde, á la hora de comer, observaré de nuevo aquellos ojos azules de una vivacidad inquietante, aquella sonrisa que parece fluctuar entre la amabilidad y la ironía. . . . Es extraño que á nadie se le haya ocurrido estudiar aquí la influencia principalísima que el cruzamiento de razas ha tenido en ciertos caracteres; para lo cual no basta ni con mucho observar el color de la piel, ni el ángulo facial, ni la forma del cráneo. Sería necesario ir más adentro; penetrar en el carácter mismo, partiendo de indicios tales como ese, como el resplandor involuntario de una mirada en que pasan, en menos de un segundo, con la rapidez de un rayo de luz, las almas de los antepasados. Yo he observado así, en hombres blancos, simultáneamente con las miradas del hombre civilizado, miradas tímidas de esclavos negros y miradas desconfiadas de indios perseguidos. La sangre heredada al través de siglos parece predominar un instante sobre la sangre heredada al través de una ó dos generaciones. . . . Si yo empezase mi novela con un estudio sobre estas delicadísimas cosas! . . .”

Una alegre carcajada distrajo á Aracil é interrumpió su monólogo.

—Adiós, Aracil! Adiós, poeta!

—Eran Angelina, Anita y otras dos amigas, que venían corriendo por una de las avenidas del Parque.

—Es usted un hombre de palabra. Prometiéndole venir á Macuto y vino—le dijo Anita tendiéndole la mano.

—Hombre de palabra, como siempre—dijo Aracil, saludando con apretones de manos á sus amigas.

—Esta noche se baila en el Casino—le dijo Angelina—Y usted será mi caballero para la primera cuadrilla.

—Pero niña—observó Anita—si ya se lo prometiste á Pedrera!

—¿Qué importa!—contestó Angelina haciendo una mueca muy graciosa.

—No, Angelina—dijo Aracil—bailaremos la segunda cuadrilla.

—La primera! la primera!—replicó Angelina—Pedrera es muy bueno y no se enojará. Yo no sabía que Aracil estuviese en Macuto. A él le ofrecí primero en la Plaza Bolívar. . . ¿O usted no se acuerda ya?

—Es verdad; Pedrera tendrá que resignarse á esperar. . . ¿Son ustedes de la charada de Peñaranda?

—Ya lo creo—contestó Angelina—Él y yo somos los autores. A que no nos la descifra usted!

—Claro que no; como yo también soy actor!

—No puede ser; ya está ensayada.

—Pues sí puede ser. Peñaranda acaba de confiarme el papel de poeta improvisador.

—Vaya con Peñaranda! A menos que él se haya atrevido á agregar por su cuenta otra escena.

—¿Quizá!

—Ya saltó aquello—interrumpió Anita riéndose—No conozco á nadie que diga más *quizás* que usted. Señor. . . quizá; cuánto tiempo se queda usted en Macuto?

—Tres días.

—No más! Ya veremos. Nos lo apropiamos. Por el momento véngase á la playa. . . Venía usted hablando solo. No diga que no; que lo vimos. . . Esta noche come usted en casa. Usted no ve á mamá desde hace. . . un año! Y después de comer nos acompaña al Casino.

Aracil aceptó de buena gana, y al continuar paseando con sus amigos mandó también á paseo el proyecto de novela.

JOSÉ GIL FORTOUL.

RETAMAS

—
Miras el lago,
Límpido espejo
Que fiel retrata
Lo azul del cielo? . . .
Cómo lograras
Ver un momento
Su oscuro fondo
De inmundo cieno!

—
Ves esa planta,
Gala del valle,
De níveas flores
Haciendo alarde?
Cuánto veneno
Secreto yace
Bajo el polvillo
De sus estambres.

—
Ves esa rosa
De Alejandría
Que enamorada
Besó la brisa?
Guai! no la cojas,
Que fementida
Ócultas lleva
Duras espinas!

—
Mira esa frente,
Pura y serena,
Sin una sombra
Que la oscurezca:
Como te engaña
Con su belleza!
Ah! no despiertes
Esa conciencia!

A. HERRERA TORO.

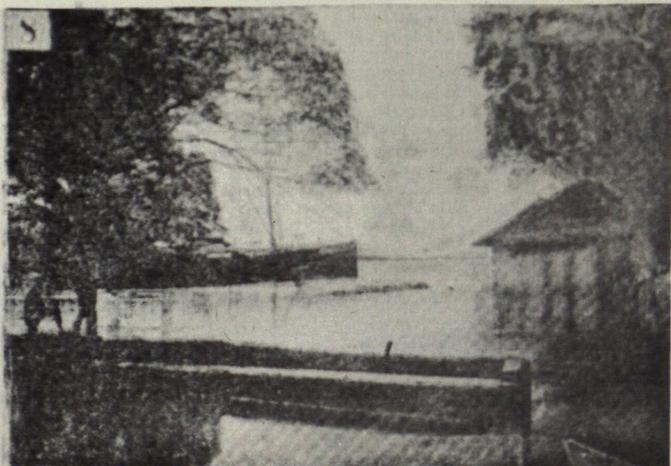
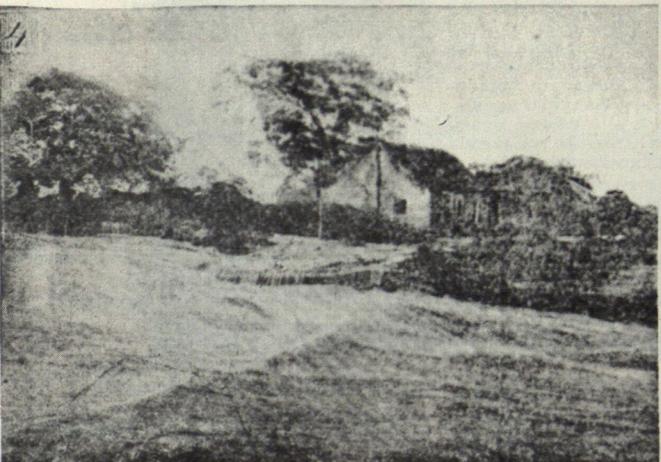
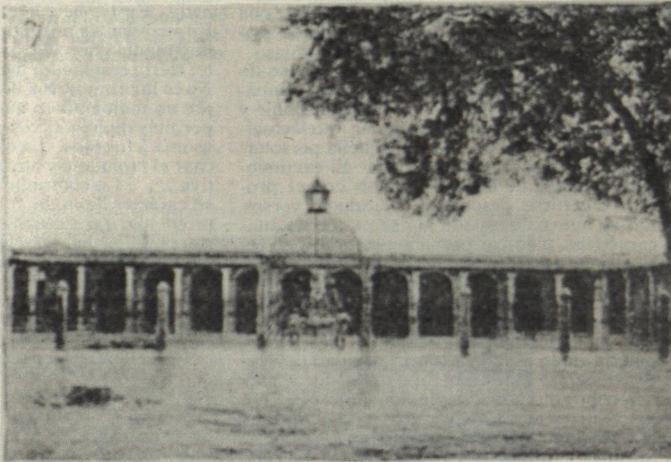
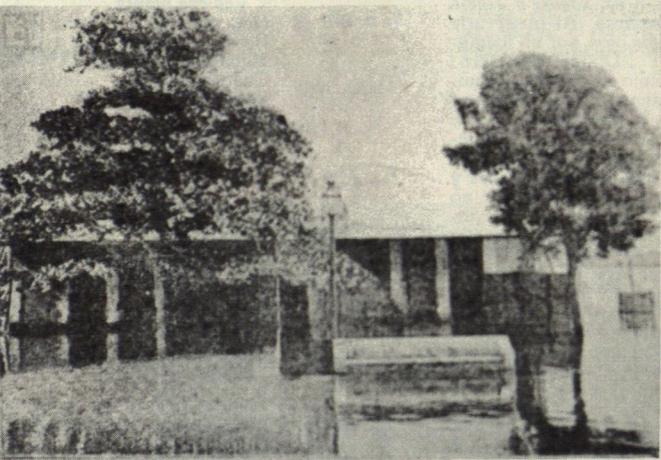
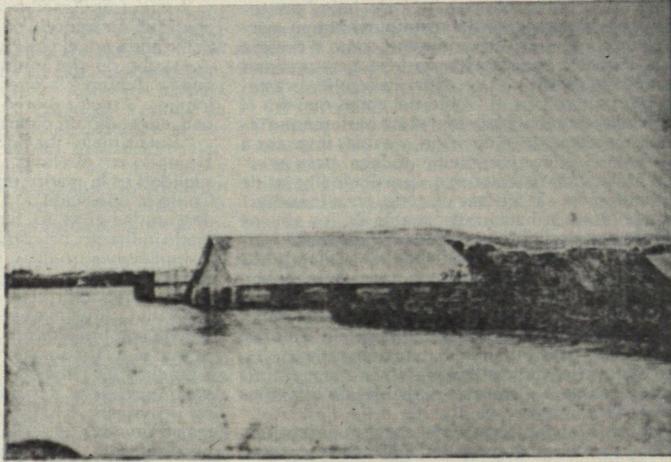
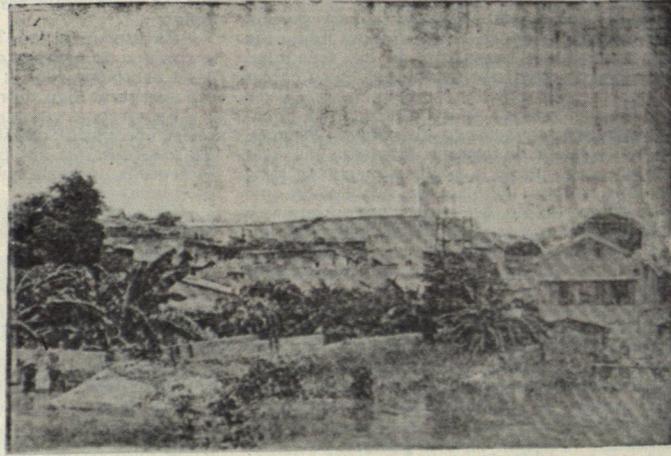
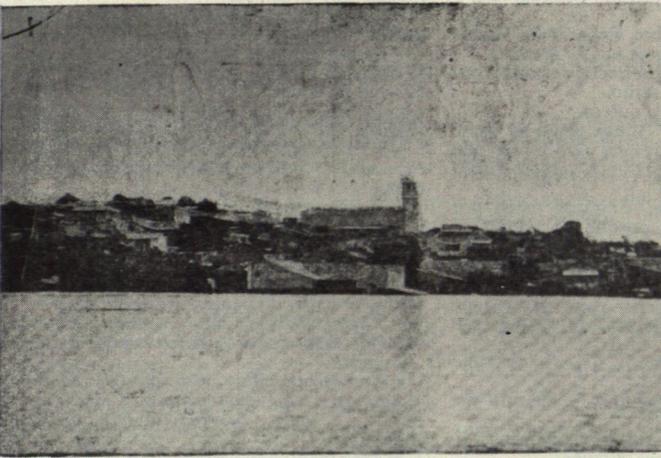
A M. RICARDO

EN EL ALBUM FUNERARIO DE SU ESPOSA
DOÑA LUISA AGUILERA DE RICARDO

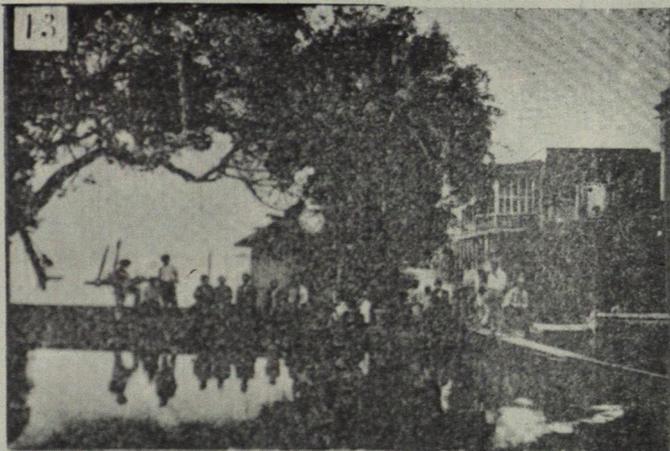
—
¿Era estrella? era flor? Brilló en el suelo,
Y como flor marchita se inclinó;
Como estrella, su alma ascendió al cielo;
Como rosa, fragancia nos dejó.

—
¿A qué tu corazón lágrimas vierte
De la tumba en la oscura soledad?
Cuna de nueva vida, eso es la muerte;
La muerte tiene un nombre: *Eternidad!*

JULIO CALCAÑO



INUNDACION DE CIUDAD BOLIVAR





LA LAGUNA DE ESPINO — HACIENDA VALLE ABAJO

LA PROBIDAD EN LA INFANCIA

—
TRADUCCIÓN
—

I

La probidad es una virtud singular, en el sentido de que no sólo hay grados, sino también categorías de probidad. Son los departamentos de una misma casa, pero que no siempre se comunican entre sí.

Muy pocas personas tienen naturalmente todas las probidades. Tales hombres reputados de honrados y que no os perjudicarían en un céntimo en una cuenta, os venden sin escrúpulo como excelente un caballo al cual le conocen un defecto irremediable pero no redhibitorio; la probidad de esas gentes se detiene á la puerta de la caballería.

Otros, que tendrían horror de tomar vuestro dinero, no os volverán lo que se les hubiese prestado.

Otros, sin duda, os volverán vuestro dinero y no os volverán jamás vuestros libros. Algunos coleccionistas apasionados á los grabados, á los autógrafos ú objetos de arte, encuentran en su pasión una circunstancia tan atenuante, que ni piensan en tener remordimientos de su falta de probidad.

Uno de mis amigos trajo de un viaje de Méjico muchas curiosidades muy preciosas, entre otras una pequeña virgen de Guadalupe vestida de la manera más original. Llegó una mañana á su casa un furioso aficionado á baratijas y se apasionó á primera vista de esta pequeña estatua

—Véndemela, os suplico, le dijo.

—No es para venderla.

—Os daré el precio que queráis.

—Por ningún precio.

—Pues bien, gritó él con el furor de su pasión; dádmela.

—¿Queréis burlaros? respondió riendo mi amigo.

—Os conjuro.

—No puedo quedarme sin ella.

—¡Esta pequeña estatua me ha trastornado la cabeza!

—¡Buena broma!

—¿Me la rehusáis?

—Sí.

—Pues bien: la tomo.

Y al punto la tomó y se la llevó furiosamente, sin remordimiento, á la manera de los romanos robándose las Sabinas!

Mi amigo estupefacto de este rapto original, le dijo:

—¿Sabéis que no os la doy!

—Entendido, dijo el ladrón.

Y se fué.

Ciertamente: un latrocinio cometido disimulada, fraudulentamente, puede ser más condenable, pero, en fin, no se puede decir que esta rapta fué honrada!

Hay sirvientes entre los más seguros á quienes no se les hace escrúpulo robaros una fruta, un vaso de licor, un pastel; lo que se come y se bebe

no se cuenta en su acomodaticia probidad. Un hombre se consideraría como deshonorado si se le supudiese capaz de jugar con cartas marcadas; pero que el azar ó aun la maña le proporcione un secreto cuya divulgación influya ciertamente sobre los fondos públicos, y correrá á jugar á la Bolsa, á suerte segura, como quien dice, con dados cargados.

Conozco gentes honradas que no vacilan en engañar al tesoro público con falsas declaraciones de ventas y de arriendos, bajo pretexto de que el Estado no es alguien. Pero es algo más que alguien: es todo el mundo, y todo el mundo representando lo que hay de más sagrado en la sociedad: la ley. No inporta; se comete alegremente el fraude, aunque sea agravado por una mentira, y por una mentira firmada.

No puedo acordarme á este propósito sin reirme, y con emoción, sin embargo, del rasgo característico de uno de mis caros amigos. Emplea en todas las cosas de la vida, y sobre todo en las cuestiones de dinero, una inflexibilidad de principios absoluta en la probidad, una delicadeza que toca en lo caballeresco y que le ha valido el sobrenombre de Don Quijote.

Pues bien: X. venía de Bélgica con su suegra. La buena señora había comprado en Malinas magníficos encajes y los había escondido diestramente en sus maletas entre sus ropas. Llegados á la frontera su yerno le dijo:

—No olvidéis declarar vuestros encajes, querida mamá.

—¡No faltaba más! Tendría que pagar derechos enormes.

—Pero esos derechos los debéis.

—¿Los debo? ¿A quién? ¿Por qué?

—Porque hay una ley sobre la importación que impone derechos.

—¿Acaso he hecho yo esa ley? ¿Acaso se me ha tomado mi parecer para hacerla? Le encuentro absurda, la encuentro inicua, opresiva, y no comprendo como un liberal como vos apruebe tal tiranía; burlarla es mi derecho.

—Pero eso es contrabando, señora, y el contrabando es un fraude.

—Basta, repuso ella con sequedad. No teneis la pretensión, imagino, de enseñarme lo que debo hacer; por lo tanto callaos.

El se calló; mas cuando llegó al examen de las maletas y el aduanero preguntó á los viajeros si no tenían nada que declarar, mi amigo, con la calma que le es propia, respondió:

—Sí, señor: esta señora tiene encajes de Malinas que creo deben pagar impuesto.

El furor de la dama, ustedes se lo imaginarán. No podía decir nada, el aduanero estaba allí, y fue necesario abrir las maletas, desdoblar las piezas de Malinas y pagar un derecho que le pareció exorbitante. A cada pieza de encajes que mostraba y á cada suma de dinero que entregaba, lanzaba á su yerno miradas furiosas é imprecaciones sordas que él escuchaba con una flemma imperturbable. Pero la historia tuvo un desenlace imprevisto.

La vista de la honradez tiene tal ascendiente aun sobre los mismos que condena. é irrita, que concluida la visita y quedando solo los dos viajeros, la suegra de mi amigo se volvió hacia él, y después de un momento de silencio se colgó de su cuello diciendo:

—Mi querido yerno: sois un hombre honrado; es preciso que yo os abrace.

He aquí un preámbulo demasiado largo. ¿A qué conduce?

¿A dónde nos conducen todas estas reflexiones filosóficas? A un hecho particular de que ellas han nacido y que pone en escena el objeto de este estudio: la probidad en la infancia.

Estoy desde hace algunos años en relaciones de confianza afectuosa con una madre que me llama riendo su consultor moral. Cada vez que la educación de sus niños hace surgir ante ella alguna interesante cuestión relativa á la familia me la comunicaba y de ahí nace una correspondencia entre nosotros en que las cartas que recibo van con más frecuencia al fondo de las cosas que las que yo escribo.

Voy á dejar la palabra á esta madre. Bajo su pluma el relato será una acción.

II

«Julio 2.—Mi antiguo amigo.—Desde siete años ha, como lo sabéis, mi hijo me ha hecho hacer bastante camino en el mundo de las reflexiones y de la conciencia. Hoy me arroja en una indecible emoción. He aquí desbaratadas mis ideas sobre las herencias morales.

Creo en las buenas cunas y en las buenas razas. Uno de mis gozes al casarme con mi marido era pensar en todo lo que hijos nacidos de semejante hombre, traerían á este mundo en materia de probidad nativa y honradez sin mezcla.

Un hecho insignificante ha puesto mi espíritu en confusión.

No me habría asustado si hubiera sido aislado, pero ya algunos síntomas fugitivos y algunos indicios vagos habían despertado mi solicitud á este respecto.

Una anciana tía que vive con nosotros tiene la manía, muy común en las personas de su edad y de su tiempo: la manía de las provisiones. Recordáis que los armarios llenos de ropa blanca eran el orgullo de nuestras abuelas, y los armarios llenos de conservas eran su placer. Mi anciana tía posee, pues, un cajoncito donde guarda dos ó tres libras de azúcar en pedazos para asegurarse de antemano para un mes, el servicio regular de su café con leche por la mañana y de su vaso de agua de azahar por la tarde.

La destreza *registrona* de los siete años de mi hijo, bien pronto descubrió este tesoro, y en cuanto sale mi anciana tía, ved ahí á mi merodeador que entra á la pieza á paso de lobo, quita la llave del cajón cuyo secreto ha descubierto, y saquea el almacén con la discreción del que cuenta con volver más tarde. Hasta aquí, sin duda, nada de bien grave; la moral de muchos niños no se eleva con frecuencia sobre la de los sirvientes; lo que se come no se toma en cuenta; robarse las golosinas no es un robo, y lo que hay de jugarreta en este latrocinio es todavía una circunstancia atenuante.

Sin embargo un detalle me hiere y me entristece: es el uso de la llave.

Si el cajón hubiese estado abierto; si la tentación se hubiese ofrecido á él inopinadamente; si no hubiera succumbido más que una vez, yo le excusaría; pero la premeditación, la combinación, la reincidencia, constituyen un verdadero latrocinio. Él sabe bien que hace mal, pues se esconde; la moderación misma que emplea en sus fraudes, su arte en dejar pasar tiempo para poder disimularlos y comenzar de nuevo, todo esto muestra un espíritu de malicia que es muy frecuente compañero de la improbidad.

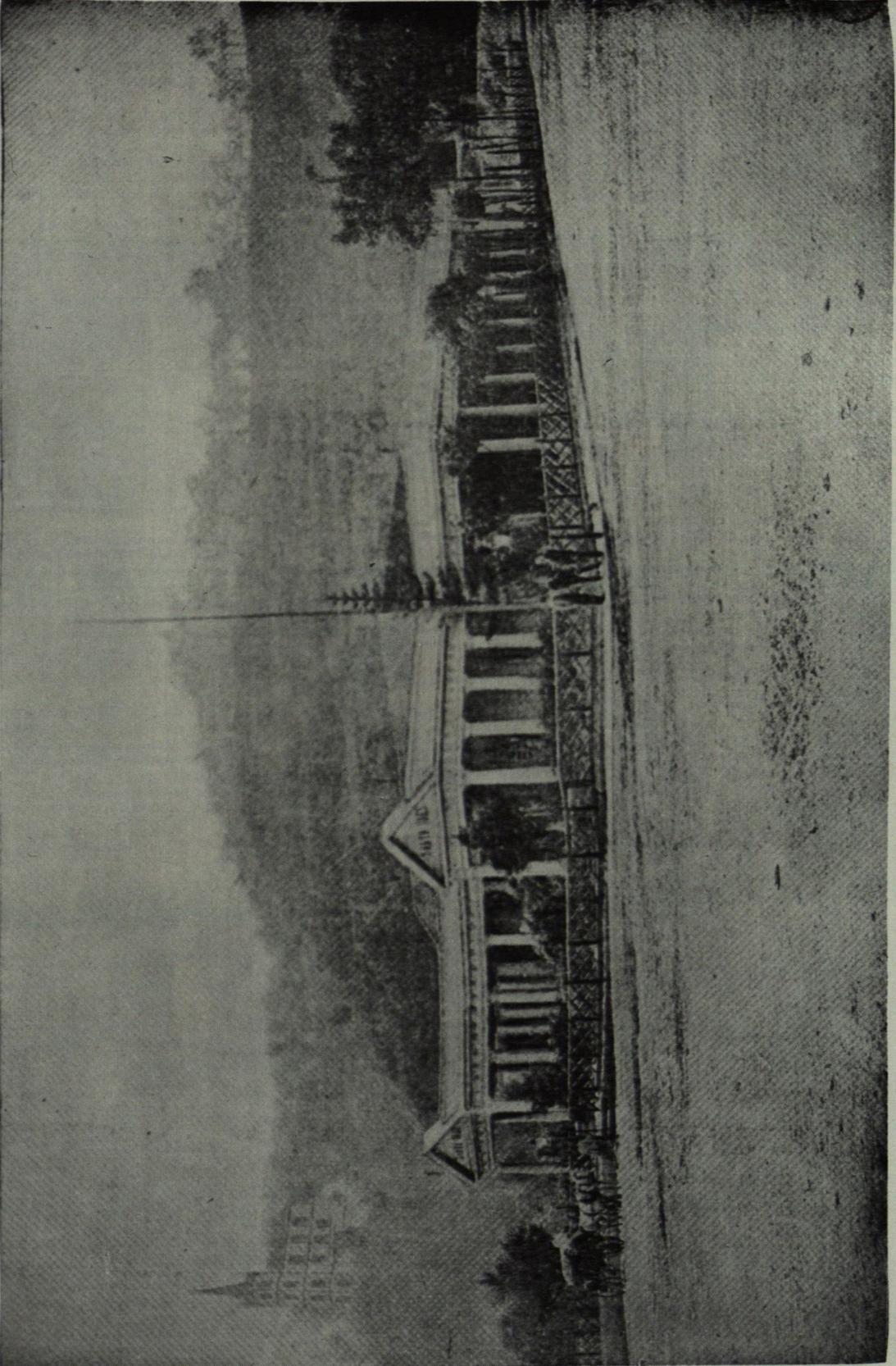
Así, cuando mi anciana tía, que sabe sacar sus cuentas, puesto que su cajón es llevado de un libro de gastos y que el total de pedazos se divide en tantas porciones como tazas de café y vasos de agua con azahar consume al mes; luego que ella, en consecuencia, me ha dicho: «Me han tomado dos el martes, tres el subsiguiente y uno solamente el domingo, me he afigido más de la consecuencia de estos pequeños latrocinios, que de los latrocinios mismos. ¿Me alarmo sin razón? Respondedme!...»

Yo le respondí inmediatamente:

«No os asustéis demasiado ni demasiado pronto. Hay con frecuencia entre los niños algo del zorro, ó más bien del pequeño salvaje.

Entre los salvajes la idea de la propiedad es muy confusa: la distinción de *tuyo* y *mío* consiste generalmente en tomar lo *tuyo* para hacerlo *mío*. Es obra y honor de la civilización el haber elevado hasta el rango de una virtud y de un deber el respeto al bien de otros; á este título entra en la educación, y no es sino una cosa más que tenéis que enseñar á vuestro hijo.

Agregad que la golosina tiene su parte en la pequeña improbidad de vuestro hijo y la explica. En



SANTA INES — CARACAS
Casa de habitación del señor General JOAQUIN CRESPO, Jefe del Poder Ejecutivo

consecuencia, no hay motivo de temores excesivos; nada que se asemeje en él á una perversidad excepcional. Solamente comenzad vuestras lecciones lo más pronto posible.»

Algunos días después recibí esta segunda carta: «Julio 10.—Mi inquietud se ha convertido en pesar. No puedo dudar: ya mi hijo no es honrado. Juzgad.»

Cada mañana va á una pensión vecina, y vuelve á la hora de comer. Esta partida matinal y esta ausencia, que dura todo el día, nos han obligado á constituirle un pequeño presupuesto para su almuerzo, sus juegos y sus paseos del jueves. Tiene, según una palabra familiar, su pequeño *dinero de bolsillo*.

Aunque mis libros no sean tan rigurosamente llevados como el cajón de mi tía, con todo, cuento y quiero contar.

Grandes fueron mi admiración y mi pena cuando creí percibir que mi hijo había llenado su bolsa de colegial á costa de la mía. Desde luego rechazé tal sospecha; me pareció que lo calumniaba; pero ayer, llamada por una visita al jardín, dejé imprudentemente tirado sobre una mesa mi portamonedas, cuyo contenido acaba de contar.

Era domingo, día de asueto. Salgo del salón, bajo al jardín, donde me esperaba un visitante; mi hijo jugaba allí con su hermana.

Entré en el pequeño bosque para pasear con el vecino que venía á verme, cuando de repente, á través de los árboles, veo al niño deslizarse en el salón, y dos minutos después salir vivamente con aspecto agitado. Vuelvo; corro á mi portamonedas: faltaba una moneda de á un franco y otra de á cincuenta céntimos.

Este fue para mí un golpe espantoso.

Café sobre un sillón sollozando. Sin duda á los niños les parece que lo que es de sus padres les pertenece. Se dicen acaso que no nos roban sino sus propios bienes. Quiero creer que su falta no es sino ignorancia, un error de conciencia, más puede ser también el germen de una enfermedad incurable. Los bribones principian así.

Esta perversidad precoz estalla á veces entre los hijos de los padres más honrados. El hijo de uno de nuestros más caros amigos fue arrojado á los diez y seis años del colegio por haber robado á uno de sus camaradas una moneda de cinco francos. Si semejante desgracia nos sucediese, no sé lo que haría mi marido. Me estremezco de pensar lo que él haría si solamente supiese las raterías de su hijo.

¿Qué partido voy á tomar? ¿Cómo cortar en su principio, cómo desarraigar en su germen este vicio naciente?

En materia de curación moral no creo sino en las que uno hace por sí mismo. No creo bien muertas las plantas venenosas sino cuando se las arranca uno mismo del corazón con indignación y violencia.

He aquí lo que busco. Una prueba, una prueba decisiva, radical que me abra su alma y se la abra á sí mismo. Es preciso que yo sepa lo que allí pasa, lo que allí se oculta. Es preciso que sepa lo que sé y lo que puede esta horrorosa bestia oculta en el fuero interno de mi hijo. Si encontraré algún medio, escribídmelo; si yo encuentro alguno os escribiré.»

«Julio 15.—He encontrado el medio. Mañana hago la tentativa. Lo que ensayo es bien grave; pero veré claro al fin. Tiemblo como en vísperas de una operación de donde debe salir la resolución del médico, que os dice:

—Vuestro hijo está perdido, ó vuestro hijo puede ser salvado.»

«Dos días después.»—He aquí lo que ha pasado. Estábamos reunidos los tres en el salón: mi marido, mi hijo y yo. El niño escribía un deber.

Entonces con voz un poco eternecida, que traté de aparentar calmada:

—Amigo mío, dije á mi marido, tengo una mala nueva que daros cuenta.

—¿Cuál?

—¿Tú tienes como yo alguna afección á nuestro pequeño sirviente José?

—Ya lo creo lo he visto nacer; lo he contratado con su madre hace trece años, cuando aún le amantaba, para tenerlo á nuestro servicio; es hijo de buena gente; lo quiero mucho. ¿Qué le ha sucedido?

—Vuestros elogios, querido amigo, hacen mi respuesta más difícil.

—Habla.

—Pues bien, querido amigo: creo que José no es honrado.

—¿Que no es honrado José? ¿Qué no es probo! ¡Imposible!

—Y si os dijera que estoy casi segura, más que casi segura de que ha robado.

—¿Robado! gritó mi marido; robado! ¿José! ¿Cuándo? ¿A quién? ¿Qué? ¿Qué pruebas tenéis?

—Una prueba irrecusable! Es á mí á quien ha robado.

—¿A vos!... ¡Después de todo lo que hemos hecho por él! ¡Después que lo hemos educado

como á nuestro hijo! Pero esto sería tan abominable... como si nuestro hijo... ¿Cómo habéis notado?...

Me quedé un momento sin responder, siguiendo á mi hijo con la mirada.

Se había puesto un poco pálido al principio de la conversación, y aunque siempre inclinado sobre su papel, su pluma se había detenido y escuchaba.

Yo continué lentamente:

—Hace algunos días había olvidado mi portamonedas sobre esta mesa. (Un ligero temblor se apoderó de mi hijo). Sabía la cuenta exacta de mis monedas.

Cada una de mis palabras aumentaba el temblor de mi hijo.

Continué lentamente:

—Descendí al jardín dejando á José aquí al lado, en la biblioteca, que limpiaba y donde lo sentía ir y venir. No había más que él en estas dos piezas. Después de algunos instantes de paseos volví bruscamente y sentí pasos que parecían precipitarse para salir. Entré en la biblioteca. José no estaba ya. Corrí á mi bolsa y faltaban dos monedas.

—Mi hijo se puso lívido.

—El robo es, pues, evidente... Ahora, mi querido amigo, ¿que es preciso hacer?

—Mi marido guardaba silencio. Parecía profundamente conmovido. Su fisonomía, de ordinario tan tranquila, indicaba una perturbación extraordinaria. Respondió al fin con voz muy alterada.

—No hay más que una cosa que hacer: decirlo todo á sus padres! ¡Pobres gentes! qué golpe! Corazones tan honrados ¿qué va á pasar al padre? Me figuro lo que sentiría si supiese que mi hijo... Aquí se detuvo; sus lágrimas contenidas le ahogaban la voz.

Yo miraba á mi hijo; sus labios chocaban unos con otros.

—Pero ¿qué le dirás á sus padres, mi amigo?

—Ya os lo he dicho: todo.

—¿Y echarás á José?

—¡Sí! lo echaré! gritó él. No podré verlo más! Los bribones me causan horror.

Me asusté al ver el rostro descompuesto de mi hijo. Nosotras, madres, llegamos pronto al fin de nuestra inflexibilidad, y repliqué dulcemente:

—Calmáos, mi querido amigo. Ved que José no tiene más que trece años. Todavía es posible corregirlo. Hay mucho de inocente en las faltas de ciertos niños. Hacen á menudo el mal porque creen que no es malo.

Hablaba por mi hijo para reconciliarlo un poco consigo mismo.

—¿No valdría más, agregué, dirigirse á la conciencia de este niño, hacerle sentir á él mismo su falta?

—Sólo un golpe violento, respondió mi marido, se la hará sentir. Lo que ha hecho es injustificable. Os prometo contener la cólera del padre. Tal como yo lo conozco podría ser terrible. Mas si él me pide un consejo se lo daré sin titubear.

—¿Qué le aconsejaréis?

—Poner por tres meses á su hijo en una casa de corrección.

—¡En prisión! exclamé.

—Mi idea no iba tan allá.

—Mi hijo estaba pálido de terror.

—¡En prisión tan joven todavía! ¡casi niño! Su pesar será una desesperación.

—Tanto mejor; la lección será más fuerte así. Por otra parte la merece! ¡Cómo! Venos todos los días pobres niños desgraciados que espían por medio de la tentación latrocinios que escusa el hambre, la ignorancia, el abandono, y evitaremos esta pena á los niños que roban por vicio!

Temblé al oír esta palabra *vicio*.

—¡Sí, por vicio! Porque están al abrigo de la tentación gracias al bienestar, y precavidos contra el mal por la educación. Si hay un medio de salvar á José es éste. Puede que no sea incorregible; pero sólo un castigo terrible puede corregirlo. Es preciso, antes de entregarlo á la sociedad que haya aprendido por el sufrimiento, por la humillación, lo que es esa gran virtud, la probidad, que es el fundamento del estado social mismo puesto que sin ella no hay en el mundo más que mentira, iniquidad, despojo y odio. Voy á escribir al padre de José.

—Mi marido después de estas palabras, se levantó y se dirigió á su gabinete; pero mi hijo, movido por un resorte, se había levantado al mismo tiempo, y corriendo hacia su padre se postró en tierra.

Parecía que quería ponerse bajo sus pies y gritó con una mezcla terrible de sollozos y lágrimas.

—Yo no quiero. No irás. No escribirás. José es inocente. Soy yo, soy yo el culpable.

—¡Tú! gritó mi marido levantándolo violentamente.

—¡Sí, yo! dijo el niño, cuyo terror había desaparecido ante el sentimiento del peligro de su camarada. Sí; yo! soy yo quien ha tomado el dinero de mamá! Soy yo quien debe ser enviado á prisión. ¡Quiero que me envíes! Tienes razón. ¡Castígame, castigadme!

Y su voz se apagaba con sus lágrimas.

—Mi marido había caído aniquilado sobre un sillón. Yo aproveché ese momento para levantar al niño, tomarlo en mis brazos y llevarlo á la pieza vecina diciéndole:

—¡Quedáos ahí!

Después volví donde estaba mi marido.

—Os ha dicho la verdad, le dije. ¡El es el culpable! Yo lo sabía; he creído, como vos, que era necesaria una lección terrible. He tentado la prueba. Por muy cruel que ella haya sido, me felicito. Su confesión, y sobre todo la manera como la hizo, atenuó un poco su falta á mis ojos. La falta era de un niño; la confesión es de un hombre. El fondo mismo de su alma se ha mostrado, y esta alma no es baja. Calmad vuestro dolor, amigo mío; hemos quebrantado la cabeza de la serpiente. Vuestro hijo será digno de vos.

—Mi marido no tuvo fuerzas para responderme; se levantó sin embargo, me siguió, y entramos en el pequeño salón donde yo había encerrado al niño. No estaba. Admirada, casi inquieta, me abalancé hacia la ventana. ¿Qué fue lo que ví? mi hijo corriendo hacia José que estaba bajo de la gradiera, arrojándose en sus brazos y dándole un pequeño reloj que había comprado con el dinero de sus aguinaldos y el precio de sus buenos puntos del año.

—José se resistía y rehusaba el reloj.

—¡Tómalo. José! Tómalo, le decía mi hijo; te lo suplico.

—Su pensamiento, que adiviné, me conmovió profundamente. Esta necesidad de reparar, de compensar la injusticia que él no había causado; pero si estado á punto de causar á su compañero; esta idea de indemnizar la sospecha injusta que había hecho pesar sobre él, me pareció de un corazón demasiado delicado para ser pícaro; me volví hacia mi marido y le dije:

—¿Estáis tranquilo ahora?

—Un golpe tan cruel no se olvida tan pronto, me respondió. Estoy conmovido, pero no consolado todavía!...

En este momento entraron José y mi hijo.

—Señor, dijo José; hé aquí un reloj que el señor Mauricio quiere absolutamente que yo tome. Pero yo no quiero. No puede darme puesto que se lo han dado á él. ¿No es cierto, señor?

—Mi marido quedó un momento cortado. Las lágrimas rodaron de sus ojos.

—Está bien lo que haces, José, dijo al pequeño sirviente; no apropiarnos lo que no nos pertenece, esta es la probidad; rehusar lo que se cree no poder aceptar, es mejor todavía: esa es delicadeza. Das en esto á mi hijo una doble lección, y espero que la aprovechará. Toma ese reloj; yo te autorizo para ello. Vete niño.

—José salió, tan confuso como feliz. Mi marido se dirigió á su hijo y le dijo:

—Te prometo olvidar lo que ha pasado, pero con una condición: que lo recordarás siempre!

E. LEGOUVÉ

(De la Academia Francesa)

AGUSTIN MORASSO

De año aciago podemos calificar este en que vivimos, pues sin tregua bajan á la tumba personas honorables en las ciencias, las artes, la industria y el comercio; y una de estas pérdidas que lamentamos de corazón es la del que fue nuestro buen amigo AGUSTIN MORASSO, caballero á carta cabal, dechado de honradez doméstica y social.

La Guaira, que fue su campo de lucha y de sus triunfos apacibles, pero no menos ciertos en la faena del comercio, llorará eternamente la desaparición de aquel cuyo nombre siempre sonaba como eco grato en el corazón de todos; y Caracas, residencia de su noble hogar honrará siempre la memoria de quien supo conquistarse uno de los primeros puestos entre los jefes de familias distinguidas.

Nosotros, desolados por la extinción eterna de aquel sér que supo siempre satisfacer plenamente nuestro corazón de amigo, enviamos en estas líneas á su afligida familia y al señor Cornelio Hellmund su socio, la expresión sentida y muy sincera de nuestro acerbo dolor.



EL PEOR DE LOS PEORES

PATRIA Y LIBERTAD

MARCHA TRIUNFAL

DEDICADA AL EJERCITO LEGALISTA

Por M. Gando

Introduccion

Allegretto

Tempo de Marcha

dim. ritur.

fa *ra*

EL TRABAJO

SUS EXCELENCIAS

LA SOCIEDAD "LA COLLA DE SAN MUST"
LE ADJUDICÓ EL PREMIO EXTRAORDINARIO EN
LOS JUEGOS FLORALES DE 1887

¿Recompensa, expiación; bien ó castigo
Eres tú para el hombre?—Yo lo ignoro
Mas sometido á tí tu afán bendigo
Y tu poder universal adoro.
Que eres fecunda fuente
Que por arenas de oro su onda lleva;
Por tí la tierra trasformar se siente,
Busca la perfección y á Dios se eleva!
Tú das á todo vida;
De tí el progreso y su esplendor irradia
Y la esperanza hacia otro Edén convida
Con las delicias de una nueva Arcadia.

Oh, ley bendita y santa
Que dignifica al hombre y le redime!
De su lecho de espinas le levanta,
Si deber noble, si virtud sublime!
Angel del bien á la miseria odiosa
Del caro hogar aleja;
Detiene el crimen, encadena al vicio;
En el materno seno al hijo deja
Y se ofrece al amor en sacrificio!
Su poder y su influjo maravilla;
Que allí donde recibe
Honra y aplausos y el deber se ama
Todo renace y brilla,
Y se transforma y vive
Y en abundantes dones se derrama.

De las cabañas los palacios crea,
Aire hace y luz por el cristal la arcilla,
Y el rayo inmaterial de luz febea
A cárcel lleva oscura
Y con extraños, rápidos pinceles,
Y gracia y hermosura
El arte emula del divino Apeles!
Trabajo, eres el verbo
Que á la presente edad enseña y guía,
Y por tu amor el crimen, que protervo
Y airado el brazo su puñal blandía,
Se acoge á la esperanza,
En la virtud confía,
Y á sósas y contigo y su conciencia,
Al ver su error, que á conocer alcanza
Halla en tu duro afán paz y alegría!

A las silvestres eras,
Al intrincado bosque, estéril llano,
En fértiles praderas,
Productiva heredad, vergel lozano,
Conviertes tú con generosa mano,
Ya mantos de oro ó vívida esmeralda,
Del enricado monte
Por la ondulante falda
Se tienden hasta el límpido horizonte:
Ya tuerce dócil su corriente el río
Ciñendo al prado con nupcial guirnalda,
Cuando acaricia y riega
El ordenado ya feraz plantío.
Ya pródiga la vega,
Tendida al pie de la campestre estancia,
Del labrador en premio á sus fatigas
Prosperidad le ofrece y abundancia
En manojos de frutos y de espigas.

Ya luego crece, alienta
Con más alta ambición, surca los mares
Las ondas desafiando y las tormentas;
Ya en rústicos aduares,
Salvaje soledad, sierras incultas,
Fatiga audaz la tierra,
Busca las fraguas en su seno ocultas,
Y en pos de los que encierra
Ricos metales que fundió su llama,
Hace saltar la roca
Y cuando al trueno que estalló profundo
El bien ansiado por su anhelo toca,
Pródigo lo derrama
Dando opulencia y bienestar al mundo.

En las ciudades tu amador despierta
A tu reclamo alerta
Con las aves, las brisas y las flores,
Y de su lecho salta
Al despuntar los prístinos albores
Con que la aurora al Universo esmalta.
Y como tú lo quieres
Buscando tus favores,
Va contento y feliz á los talleres,
Que abren al sol las anchas celosías
Porque, al estruendo de fabril orquesta,
Venga á aumentar las castas alegrías
De aquella paternal y noble fiesta.
Jovial allí el ingenio, nunca adusto

Se pliega dócil, fácil obedece,
Y en infinita variedad ofrece
Gloria á las artes, al placer ó al gusto:
Es ya Celini á cuyo ingenio ardiente
El barro se idealiza,
Y Palissi impaciente
Buscando el raro esmalte en la ceniza.

Ya en empresas mayores
Valor cobra y aliento,
Y uniendo la constancia con la idea
Va sobre el hierro en ímpetu violento,
Y voz del pensamiento
En la eléctrica chispa centellea!
Y no reposa ó cede,
Y osado, decidido
Los dominios del rayo desafia;
Porque tardo el vapor seguir no puede
El vuelo y ambición de su osadía;
Y tras cada fracaso se levanta
Mas fuerte á la porfía;
Y no temor le oprime,
Lo ignoto no le espanta;
Porque si el vicio acongojado gime
El trabajo que espera siempre canta!

Y ved como se enlazan
Los puertos á los puertos,
Las naciones se entienden y se abrazan
Poblados de los mares los desiertos!
Y ved como en herencia
Los siglos á los siglos se han legado
Los tesoros del arte y de la ciencia!
La luz por tí que el pensamiento abrasa
Y á quien el genio inspira
No muere onda que pasa,
Rayo que brilla y que en la sombra espira:
Y el dulce canto que entonó la lira
La palabra que huye,
Luz ó cadencia, sin perder sus galas
Al progreso del mundo contribuye
Fatigando los tiempos con sus alas.

Y todo, todo adquiere
Del trabajo fecundo al noble amparo
Valor, vida, hermosura,
Nada al calor de sus caricias muere,
Y no hay oculto abismo ó noche oscura
A que no sirva su esplendor de faro.

¡Cuál ríe allí el contento
Y es recinto de afectos y delicias
El techo donde vives
Y el amor purificas con tu aliento!
¡Cómo en premio recibes,
De tu afán y cuidados, el cariño
De la feliz esposa y tierno niño
Que enjugan tu sudor con sus caricias!

Oh ¡Ley de bendición! Cuando los hombres
A tí se inclinan y en tu gloria crean,
Y confundidos tus diversos nombres
En el de dicha universal se vean,
Entonces, sólo entonces, convertida
La tierra en el Edén, como Dios quiso,
Arbol de todo bien, árbol de vida
Habrá de ser del nuevo paraíso.

México: Octubre 1º de 1887.

HERACLIO M. DE LA GUARDIA.

EL DESCUBRIMIENTO DE UN MUNDO

Ó UNA PARTIDA DE AJEDREZ EN EL AÑO 1492

Por Castilla y por León
Nuevo mundo halló Colón.

Extractado y traducido de "The Book of Chess" de H. R. Agnel

Por cartas impresas que existen del cronista Fernando del Pulgar y por sus memorias de la época de los Reyes Católicos, ha consignado la historia que el Conquistador de Granada y estirpador de los Moros del suelo de Castilla, era muy apasionado por el ajedrez. "Era el Rey Fernando," dice el historiador, "muy afecto al deleitable juego del ajedrez; dividía los pocos ratos de ocio que le dejaban los cuidados de gobierno y los azares de la guerra, entre la excitación de la caza y el noble juego."

En los archivos de Córdoba se han encontrado, manuscritas, las dos cartas que siguen, del célebre campamento de Granada, dirigidas familiarmente por el cronista á un ilustrado doctor, íntimo amigo suyo.

Santa Fé, 2 de febrero de 1492.

Querido amigo:

Si no me equivoco, debéis haber visto, durante vuestra última visita á la Côte, á un Genovés llama-

mado Cristóbal Colón; de lo contrario, de seguro que habréis oído hablar de él, pues su nombre se ha hecho últimamente tan popular como los dichos de Martín Revulgo.

Varios consideran al Genovés loco rematado, mientras que son muy contados los que le conceden genio alguno. Pretende que la tierra es redonda y que necesariamente debe existir, más allá del Océano, un continente que sirva de contrapeso al habitado por nosotros; que, en todo caso, si allende los mares, no hubiese países enteramente distintos á los nuestros, afirma que haciendo un buque siempre rumbo al Oeste, deberá dar la vuelta al mundo completamente, llegando á las costas orientales de Asia y á las doradas playas de Cipango, descritas por Marco Polo.

Colón llegó aquí cuando estábamos en campaña contra los Moros en Granada, sometió su proyecto á los Soberanos, pero no encontró ningún apoyo. Le contestaron que los gastos de la guerra habían agotado el erario público.

Después de la toma de Granada, Colón repitió su petición y se convino en hacerle comparecer ante un Consejo de sabios doctores y teólogos, quienes últimamente se reunieron en Salamanca, con el objeto de tomar en consideración sus extraordinarias proposiciones. Defendió valientemente sus teorías, pero los doctores resolvieron que la tierra no es redonda y que creer en antípodas es un acto de herejía. Nuestra buena Reina Isabel, que no tiene grandes pretensiones de poseer conocimientos de física ó geometría, no se ha atenido, no obstante, á la decisión de sus Consejeros. Es ella de opinión, que la conquista de "El Dorado" proporcionará suficientes riquezas para rescatar el Santo Sepulcro del poder de los infieles y que en todo caso vale la pena intentar la empresa. Así mismo ha llegado á decir nuestra Soberana, que deseaba que el Genovés ejecutara su proyecto; que si se necesitaban fondos, ella emprendería la expedición por cuenta de su propia corona de Castilla y empeñaría sus joyas particulares para formar la cantidad requerida. No ha llegado, sin embargo, el caso de tener que apelar á esta medida extrema. Luis de San Angel, recaudador de las rentas eclesiásticas en Aragón, ha prometido adelantar el dinero y la Reina ha aceptado su ofrecimiento gustosamente. Otra dificultad se ha presentado en seguida, á pesar de eso. El Genovés no quiere hacerse cargo de la expedición sin ser nombrado previamente Almirante y además Virey de las tierras que llegase á descubrir. Aquel título le ha sido rehusado terminantemente y se dice que mañana partirá de regreso á Palos de Moguer. Se supone que sea su intención ofrecer sus servicios á otro Soberano.

Santa Fé, 4 de febrero de 1492.

Querido amigo:

Nunca he olvidado lo que nos dijo Antonio de Lebrixa en una de sus últimas lecciones:

"Cuidáos de despreciar circunstancias incidentales, por insignificantes que parezcan, pues suelen producir importantes resultados." En la Côte sobre todo, debe tenerse esta máxima siempre presente, pues muy a menudo ocurren oportunidades para su aplicación. En esta carta os daré un importante ejemplo de la exactitud del buen Antonio y si no yerro, podrá el mundo contemplar en breve una maravillosa demostración de la misma.

La afición del Rey por el ajedrez, es, como sabéis, muy grande; y como todos los jugadores serios, cifra la mayor importancia en ganar un juego, no perdonándose jamás cuando pierde. Sus artificios é ingeniosos ardes en el tablero son extremadamente astutos y si no estuviese yo hablando de su Alteza, diría que son rayanas en la perfidia. Frecuentemente dejará una pieza sin apoyo y aparentemente vendida; pero, ay! del adversario que la tome sin asegurarse bien de la impunidad, pues jamás está el Rey más satisfecho que cuando sus profundas combinaciones se ven coronadas por el éxito.

Ayer durante los calores del medio día, en vez de abandonarse á la siesta acostumbrada, indicándonos le siguiémosmos á los apartamentos de la Reina, invitó á Fonseca—una de sus diarias víctimas—á jugar una partida de ajedrez, debiendo nosotros asistir como jueces de la lid. Hallábanse presentes el conde de Tendilla, Ponce de León y Gonzalo de Córdoba.

Las damas de honor de la Reina, estaban sentadas al rededor de un inmenso bastidor, ocupadas en un precioso trabajo de tapicería, destinado para una ofrenda á Nuestra Señora del Pilar.

Laguna de Espino

Todo el mundo ha visitado este sitio pintoresco de Valle Abajo,—que tiene una laguna artificial, hace pocos años. Valle Abajo trae á nuestra memoria el nombre de Juan de Riveros, aquel patricio de la fundación de Caracas que supo salvar á ésta de las tropelías que sobre la pequeña población ejercían los famosos jueces pesquisidores que con frecuencia enviaba el gobierno de la Española, á las ciudades del continente. —Eran éstos, saltadores oficiales que sin compasión y á nombre del Rey, pillaban á los pacíficos habitantes de cada comarca. Cualquiera queja servía de pretexto para que, sin anunciarse, se presentaran en ciertos poblados, algunas de estas aves de rapaña.

Como premio á servicio tan oportuno, el Ayuntamiento de Caracas, regaló á don Juan el área de Valle Abajo. Esto pasó á fines del siglo XVI en 1588; y lo premió por ser don Juan hombre que repugnaba el mando, experimentado ya, y que siempre lo habla dejado, sin adquirir hacienda. Este Juan de Riveros fué más tarde, gobernador de Caracas, en 1593, por ausencia del General Osorio.

Sin ocuparnos en la cronología de los diversos dueños que ha tenido Valle Abajo, sólo diremos que hace muchos años que el poseedor de esta rica hacienda de caña, es el venerable patricio don Guillermo Espino, jefe de una de las más apreciadas familias de la Capital. ¿Habrà quien no conozca á don Guillermo, este distinguido hijo de Caracas, descendiente de antigua familia española? Si existe alguno que no haya llegado á conocerle, todos hemos oído pronunciar este nombre con respeto, con veneración, con amor. Cuando se llega á los umbrales de la tumba, rodeado de la estima de los suyos y de sus compatriotas; tal estima tiene que ser la resultante de la labor de muchos años de la existencia, dedicados á la familia, al progreso de la patria, á la caridad pública, al bien de la humanidad. Pocos hombres tienen una hoja de servicios tan meritoria como este patricio que ha vivido rindiendo culto á la verdad, al deber, al progreso del patrio suelo. Y como nada le aqueja, porque su prolongada vida ha estado siempre en la línea recta, en nuestras asambleas, en nuestros círculos, donde quiera que figure, revela en su semblante la rectitud de su alma, y los dictados de una conciencia tranquila. Valle Abajo es la mansión del patriarca; Valle Abajo será siempre un recuerdo de la posteridad al hombre justo.

Santa Inés

Por segunda vez el General Crespo habita, como hombre público, la casa edificada por él frente á la estación del ferrocarril de La Guaira y á la cual bautizó con el nombre de Santa Inés. Damos hoy una vista de ella.

Inundación de Ciudad Bolívar

En dos cuadros presentamos diez y seis vistas diferentes de las calles y sitios que fueron inundados por la última creciente del Orinoco. Ellas dan una idea del desastre porque acaba de pasar esta ciudad tan célebre en los anales de la historia y tan digna de mejor suerte:

- 1 La Laguna al Este.
- 2 Vista del Orinoco tomada de Laja de Lapaora.
- 3 Depósito de la Aduana marítima.
- 4 Alameda (Parte oriental).
- 5 Alameda. Inundación de la Plaza Farreral.
- 6 Alrededores de la Laguna.
- 7 Mercado Público.
- 8 Puerto marítimo.
- 9 Galería occidental del Mercado público.
- 10 Calle de Santa Ana.
- 11 Calle del Orinoco ó del Comercio.
- 12 Calle de Venezuela, barrio "Treinta Llaves."
- 13 Calle del Orinoco ó del Comercio.
- 14 Calle Miscelánea.
- 15 Barrio El Puebloito.
- 16 2ª Calle de la Alameda.

Plaza del Muelle—Puerto Cabello

Una nueva vista, un nuevo paisaje de los sitios más celebrados de nuestra patria, en la historia, en el comercio y la industria etc., es siempre una adquisición que contribuye al estudio de una localidad que muchos no conocen. Apoyados en esta razón suplicamos á nuestros amigos y relacionados continúen favoreciéndonos con todas las vistas venezolanas que puedan haber á la mano.

El Palito—(Entre Puerto Cabello y Valencia)

He aquí un nombre geográfico que ha entrado en los dominios de nuestra historia moderna. Desde los días de la Federación hasta el triunfo de la Revolución, El Palito es uno de los nombres más repetidos, más celebrados y más temidos. Allí está una de las estaciones del ferrocarril entre Puerto Cabello y Valencia.

Muento

La vista que damos hoy tiene en primer término los antiguos baños de mar que son hoy Mercado público.

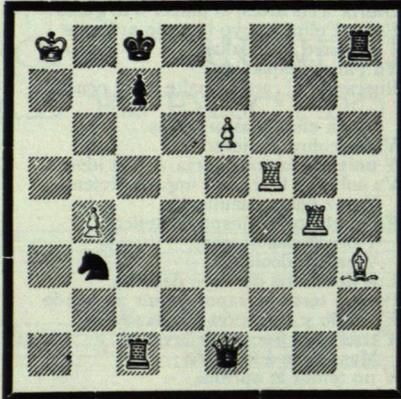
Don Heraclio Martín de la Guardia

El retrato de este afamado poeta y académico de la Lengua es obra de Herrera Toro. Llamamos la atención sobre los rasgos biográficos que acompañan dicho retrato, escritos por el señor Eugenio Méndez Mendoza.

El peor de los peores

Así se titula un dibujo del artista Antonio Fabra, cuya copia damos hoy.

Véase la siguiente situación :



“La batalla se decidirá en breve” dijo Fonseca, frotándose las manos. “Su Alteza tendrá que doblar las torres para evitar el mate.....entonces daré jaque en la casilla de vuestra T D; luego podré capturar el Alfil y, si nó me equivoco, esta partida al menos, la ganaré yo.”

Fernando, no acostumbrado á la derrota, se mordió los labios y se quedó preocupado con la idea de una pérdida inevitable.

En este momento examiné yo la posición con más atención y de repente me pareció que el juego del Rey no estaba tan perdido como lo creían los espectadores y aun él mismo. A media voz le dije á la Reina Isabel: “Si Su Alteza juega correctamente, dará mate en 4 jugadas.”

Isabel se acercó más al Rey y apoyándose sobre sus hombros, detúvole el brazo, cuando después de muchas meditaciones, iba á extender la mano para jugar T 5 T D.

—¿No ganás? mi Señor, le dijo.

—¿Ganar?..... repitió Fernando, volviendo la mano á su posición anterior y resumiendo sus cálculos.....pero, el amenazado mate parecía aun entorpecer sus facultades.

En este instante sus ojos se encontraron con los míos y, muy probablemente leyendo la expresión de mi mirada, empezó de nuevo á reflexionar.....luego repentinamente asomó una sonrisa á sus labios:

—“Fonseca, mi amigo, estás malo.

—¿“Creéis mi Señor, interrumpió la Reina, que pueda ser inconveniente acordar el título al Genovés?”

—¿“Qué pensáis del asunto, Latina,” dijo Fernando irónicamente, “persistís aún en vuestra opinión?”

“Nadie puede vanagloriarse de ser infalible” contestó la Galindez, “y Plinio ha dicho: *Nemo mortalium omnibus horis Sapet.*”

—“Después de todo” añadió Su Alteza, poco dañado por acarrearlos hacerlo Almirante de los nuevos mares que serán surcados.”

Apenas se habla escapado de los labios del Rey la Real sanción, la Reina llamó á toda prisa á un paje —“Isidoro,” le dijo, “monta inmediatamente á caballo—Cristóbal Colón está en camino para Palos de Moguer, no puede haber pasado hace mucho el puente de Pinos.....apúrate lo más posible..... alcánzalo y dile que hemos resuelto hacerlo Almirante del Océano.”

Y ahora, querido Doctor, podrémos repetir lo que Antonio de Lebrixa nos ha dicho tantas veces: “Las causas más pueriles suelen ejercer frecuentemente una influencia maravillosa en los grandes acontecimientos.”

Si Colón llega á descubrir un nuevo mundo, como de veras pienso que podrá, ¿no dependerá de haber sido movido un Peón en el momento debido?

NUESTROS GRABADOS

- General Ignacio Andrade
Gobernador del Distrito Federal.
- Señor Pedro Ezequiel Rojas
Ministro de Relaciones Exteriores.

Continuamos la publicación de los retratos de los hombres notables de la Revolución. Hoy presentamos los de los señores cuyos nombres encabezan estas líneas.

La anciana señora D^a Beatrix Galindez, tan entendida en la literatura antigua, que le han dado el epodo de “Latina” ocupaba un asiento al lado de la Reina, con quien conversaba en Latín á media voz, mientras que el Rey, completamente absorto en el juego, arrastraba al pobre Fonseca en uno de sus profundos planes.

De repente se suspendieron las cortinas y un paje anunció: Su Excelencia el Arzobispo de Toledo, don Pedro González de Mendoza, Gran Cardenal de España. Así que el Santo prelado hubo presentado sus respetos al Rey, se aproximó á la Reina y le preguntó respetuosamente, lo que ella había tenido á bien resolver respecto al Genovés, Cristóbal Colón. Al mismo tiempo anunció que éste, triste y levemente, se había despedido de sus amigos y estaba en camino hácia el convento de La Rábida, en Palos de Moguer.

“Según mi opinión, replicó Beatrix Galindez, tan luego como hubo formulado la súplica el Arzobispo, si la petición fuese simplemente por una suma de dinero, estaría porque se le concediese, pero como ha dicho Dionisio Calo en uno de sus últimos versos: “*Ne dubites cum magna petas, impendere parva.*” Pero, esta no es una cuestión de dinero. Hay un título de por medio y no se pueden adjudicar dignidades y títulos al primer advenedizo. De veras, mi opinión de lo absurdo de su doctrina, ha sido reforzada últimamente y considero una extravagancia sostener que puedan existir países en línea recta debajo de nuestras plantas, donde, á guisa de las moscas en el techo, caminen los hombres con las cabezas hácia abajo.

En el calor de su peroración la Latina había levantado la voz paulatinamente. Había olvidado que los jugadores de ajedrez no deben ser molestados. Su voz llegó al oído de ellos.

La partida estaba decididamente en favor del Rey y Fonseca aprovechó ávidamente la ocasión para interrumpir el silencio que hasta entonces habían jugado, con la esperanza, quizá, de distraer la atención de su rudo antagonista.

“Por mi parte, exclamó, me inclino á la teoría de Cosmus Indicopleustes. El mundo es cuadrado como este tablero. Es además plano, rodeado de agua por todos lados y más allá de las aguas, hay un abismo. Por ello es que los geógrafos árabes representan en sus mapas y cartas, una mano negra y horrible, en la extremidad del gran Océano, como emblema de las garras del Demonio, listas para confundir en el vacío que sigue, á los atrevidos mortales que sean tan osados como para aproximarse á sus límites.”

“Extraña doctrina es esa, señor Fonseca, replicó el Arzobispo, para ser opuesta á las deducciones verdaderamente científicas del digno Colón. De veras que me siento dispuesto á repetiros lo que Alfonso el Sabio, solía decir en semejantes ocasiones: Si el mundo tiene esa forma, me atrevo á decir, sin impiedad, que, pobre mortal como soy, habría imaginado otra forma mejor.”

Mientras tanto, nuestra buena Reina se había acercado al Rey. “Mi señor,” le dijo, “¿no acordáremos á ese intrépido hombre el título que pide? pienso que no pueda haber riesgo en concedérselo por los países que promete descubrir. Dejadle trazar el camino de un nuevo mundo y cualquier dignidad que le otorguemos será bastante merecida..... Si su proyecto resultare una quimera.....pues bien! Su título no teniendo ninguna base en que descansar, se convertirá en un nombre hueco.”

“Pensaremos en ello” dijo Fernando frunciendo las cejas, pero á pesar suyo se distraía bastante en el juego.

Fonseca, aprovechándose hábilmente de la abstracción del Rey, había mejorado mucho su posición y hasta adquirido cierta preponderancia material.....

“La Dama de su Alteza ha seguido el ejemplo de los atrevidos navegantes.....la mano negra la amenaza.....; Vuestra Dama está perdida!”.....

“No me habléis más de ese Genovés,” exclamó el Rey, “voy á perder una partida espléndida!”..... y con la frente arrugada prosiguió—“¡Almirante!” “¿no sabéis que la palabra significa Emir—al—ma ó Príncipe de los mares? Ese es un título demasiado noble para un aventurero. Vuestro Genovés no será Almirante.”

El Rey ejecutó algunas jugadas más, pero, á cada movimiento se hacia su posición más crítica y la frente más nublada. La partida había llegado á su crisis.